

EDICIONES
BISTAGNE

1pta

REGINALD
DENNY

KAY JOHNSON

LILIAN
ROTH

Madame Satan



MADAME SATÁN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

174

MADAME SATAN

Fastuosa e interesante comedia social,
con una lujosísima presentación escénica

Dirección del célebre CECIL B. DE MILLE



Es una película de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuida por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

*

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Kay Johnson
Reginald Denny
Lillian Roth
Roland Young

MADAME SATÁN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El matrimonio Brooks llevaba más de dos años de casado. Era gente rica, distinguida, de la alta sociedad de Nueva York. Todos los lujos, todos los placeres, todas las tentaciones estaban a su alcance. No conocían ni de lejos el dolor. Parecía que la vida sólo tuviera un sendero, recto y firme, para ellos. Al menos en apariencia...

Tenían sobre su riqueza económica, una más hermosa y democrática: la de la juventud... Los dos eran jóvenes; él, arrogante y buen mozo; ella, rubia y blanca,

de cuerpo fino y esbelto como para servir de modelo a una escultura.

El era alegre, divertido, amaba el barullo y el jolgorio, y como a veces no encontraba eso en casa, iba a buscarlo lejos, donde se lo dieran con una prodigalidad sin reservas... Ella tenía, por contraste, un temperamento un poco frío... De novia había sido todo lo amable y amorosa que puede ser una novia que se estime, pero desde que entrara en los umbrales del matrimonio, su existencia se había transformado adquiriendo una monotonía de estanque.

Era un poco reservada, prudential, pasiva; sus ternuras para con su marido parecían tener el sello de la obligación y no la espontaneidad de lo que nace en el alma de modo generoso. Amaba a Bob, su esposo, pero se mostraba un poco parca en la expresión de sus sentimientos, creyendo que no estaba bien que una señora de la alta sociedad expresase, como la gente del pueblo, su cariño, y manteniendo en todo momento cierta serena frialdad.

Ya no era Bob el único objeto de su vida como en los días—época luminosa y única—del noviazgo. En el mundo, según Angela pensaba—y lo veía reflejado en las demás damas de la aristocracia—había algo más que el amor. Una señora casada debe dejar en libertad a su marido y dedicarse a otras actividades sociales. Amistades, recepciones, fiestas de teatro, tertulias, *kermesses*, todo ese círculo dorado con que el mundo ha encerrado su ansia de diversión. Y ella era una de sus cultivadoras acendradas...

Y como Bob encontrase a su

esposa distraída, y se sintiese relegado por ella a un lugar secundario, comenzó a conocer otros néctares de amor, y su vida empezó a deslizarse entre su hogar y esa atracción tan misteriosa y tan cautivadora de los amores clandestinos.

Angela, que era una mujer de refinada inteligencia, pronto comprendió que algo ocurría en la vida de su marido; que sus ausencias, sus viajes y sus retrasos eran debidos a algo más que a una simple cuestión comercial. El descubrimiento que había hecho precisamente aquella mañana, acababa de afirmar sus sospechas, y sintió el punzante dolor del desengaño.

Fina, correcta, elegante como una modelo, aquella mañana Angela daba de comer a su canario cuyos trinos llenaban la estancia de un eco rumoroso de bosque.

Mientras contemplaba al bello animalito de plumas doradas, daba órdenes a la servidumbre.

—Maggie—le decía a la doncella—. El menú de hoy será filete con coliflor.

—¿Coliflor?

—Sí, coliflor... Al señor le gusta.

—Perfectamente, señora.

Miró al mayordomo y le indicó:

—Tommy, por la tarde mis amigas vendrán a tomar el te... Que todo se halle preparado.

—Descuide la señorita.

La doncella y el mayordomo se retiraron quedando ante Angela el chofer del magnífico "Rolls Royce".

Angela le contempló breves momentos como si quisiera leer en sus más recónditos pensamientos y, mostrándole una borla de polvos cosida a un pequeño pañolillo de encaje, le dijo:

—He encontrado esto en el auto del señor...

El chofer palideció como si hubiera sido cogido *in fraganti*. Pero recobrando su ánimo, dijo:

—Es para pulir metales, señora.

—Sería mejor que comprases una gamuza.

—Seguiré su consejo, señora.

—Bien, puedes retirarte.

Y con una sonrisa melancólica se dirigió hacia la habitación de su esposo donde la doncella Maggie acababa de arreglar las cosas y se daba cuenta de que la cama estaba intacta.

Maggie le señaló el pijama que se hallaba encima del lecho, sin desdoblar, y dijo:

—El señor no ha venido a dormir...

—Ha salido en viaje de negocios...

—No sabía...

Angela dió un suspiro; sintió la melancolía de que la servidumbre pudiera comprender que era engañada. Y bajó al salón de música donde sentándose ante el órgano arrancó a ese magnífico instrumento una dulce melodía que tenía algo de cántico religioso y de canción de fracasado amor...

* * *

Bob Brooks y su íntimo amigo, el millonario Jimmy Wade, llegaron a la casa del primero.

En el modo de andar, en la cansada expresión de sus rostros, en el desaliño del traje, se observaba a las claras que la juerguecita había sido importante y que en ella el vino había corrido y hecho de las suyas como un camarada más.

Jimmy era soltero; tenía cerca de cuarenta años y había renunciado al propósito de casarse... En el fondo era un gran corazón, un buen hombre a carta cabal que tuvo la suerte de nacer millonario, con una de las fortunas más sólidas de la tierra.

Ante la puerta de entrada, los dos amigos no acertaban a abrirla. Por fin Bob consiguió poner el llavín en la cerradura y abrió las dos repujadas hojas de hierro.

Avanzaron por el vestíbulo y el hall. Iban de puntillas, con el temor de que alguien descubriese que habían llegado a las diez de la mañana. Y Bob estaba fuera de casa desde ayer...

Su estado era lamentable y se caían de sueño. Jimmy llevaba en una mano un grotesco muñeco de madera y en la otra el bastón... Subieron por la hermosa escalera que conducía al primer piso... A fin de no hacer ruido se quitaron los zapatos, pero Jimmy, torpe en el andar y lento en sus movimientos, dejó caer el bastón, y luego el muñeco, y más tarde el sombrero de copa y los zapatos...

Horrorizados corrieron los dos a ocultarse hacia las habitaciones de Brooks.

La chistera de Jimmy que había caído por el hueco de la escalera

había ido a parar precisamente sobre la cabeza de Maggie que se hallaba en el rellano inferior leyendo el periódico.

La joven alzó los ojos y vio a los dos caballeros que huían como dos hijos de familia que han cometido la primera calaverada.

¡Ah, bueno estaba el señor! Maggie, sonriente y pensando en lo tonta que era la señorita Angela al no protestar contra la conducta desordenada de su marido, se fué al encuentro de la hermosa joven que seguía tocando el órgano con la emoción de un temperamento verdaderamente artista.

—El señor ha regresado ...de su viaje de negocios.

—¿Sí?

—¿Ha leído la señorita el diario de esta mañana?

—¿Hay alguna novedad?

—Supongo que eso ha de interesarle.

Y le alargó tímidamente el diario señalándole una noticia de última hora.

Mordiéndose los labios y volviéndose lívida, la dueña de la casa leyó:

Una notabilidad neoyorquina en los calabozos de la Jefatura de Policía.

El señor y la señora de Brooks, acompañados del señor Jimmy Wade, muy conocidos en la alta sociedad de Nueva York, han sido arrestados a media noche. El señor Brooks conducía su automóvil a más de cien kilómetros por hora.

Angela no pudo contener su sorpresa.

—¿Yo, la señora Brooks?... ¡Pero si yo estaba en cama a las diez de la noche!

—Será alguna equivocación del diario.

—¡No! ¡No!

Y con honda melancolía se dirigió al primer piso donde tenía Bob sus habitaciones privadas.

Entró en el cuarto de baño y un espectáculo inesperado y absurdo hizo asomar la risa a sus labios a pesar de las circunstancias.

Bob y Jimmy se habían despojado del frac, y en pantalón y mangas de camisa se hallaban tomando ricamente una ducha, sintiendo la alegría de aquella agua fresca

que fortalecía sus miembros entumecidos por la nochecita de cansancio.

Estaban calados hasta los huesos pero se reían de aquel baño reconfortante y magnífico.

Tan distraídos se hallaban que no se dieron cuenta de la presencia de Angela hasta que ésta cerró el contador y vieron que la ducha se había parado en seco.

Angela, bien educada, que no acostumbraba nunca manifestar su indignación, entregó a su marido y a Jimmy unas recias tohallas.

Los dos caballeros no osaban decir palabra al verse sorprendidos de manera tan intempestiva.

—¡Hola, querido!—le dijo ella a su marido—. ¿Te has divertido?

Jimmy hubiera querido desaparecer temiendo una tempestad matrimonial. Bob, recobrando su ánimo perdido en los primeros instantes, respondió pausadamente:

—Hemos llegado tarde, ¿eh?... Perdona, Angela, pero tenía un negocio... Y ya conoces mi lema... La obligación primero que la devoción.

—¡Siempre hiciste lo mismo!

—No pude dormir en toda la noche... Conferencias interminables, monótonas...

—¿Y todo bien?—siguió diciendo Angela con ironía mientras sus manos acariciaban el diario y la borla perfumada hallada en el interior del coche.

—Sí, muy bien.

—No sabes lo que me alegro. Pero creo que te conviene descansar. Tienes necesidad de ello y tu amigo también... Os voy a preparar la cama.

Angela salió, tranquila al parecer, con su magnífico arte del disimulo de las mujeres aristocráticas.

Jimmy, hombre más bien dado al pesimismo y a la melancolía, movió la cabeza con tristeza.

—¡Esto va mal, chico!

—No lo creas; no sospecha nada—dijo Bob con su imperturbable sonrisa.

—Angela es demasiado buena para ti... No hay derecho a engañarla como lo haces... Yo, es distinto: soy soltero y quiero divertirme... pero tú, con ese ángel

del hogar... Te quejas de vicio... Ya ves, no apareces en toda la noche y te recibe cordialmente. Eso es demasiado.

—Sin duda querías que me hubiese tirado algo a la cabeza.

—Te lo merecías, digo, nos lo merecíamos los dos.

—Bueno... Fuera esos pensamientos... Vámonos a descansar...

Conviene reposar unas cuantas horas; no puedo dar un paso.

—Ni yo.

Tambaleándose se dirigieron a la alcoba de Bob donde había dos camas gemelas.

Vistieron unos pijamas y se dispusieron a meterse en los lechos que iban a brindarles su tibio calor.

* * *

Angela entró poco después para ver si les faltaba algo... La dama vió sobre una de las sillas de tapizado damasco el pantalón de Bob y asomando por uno de sus bolsillos una tarjeta que ella leyó con disimulo.

Hotel del Brazo de Hierro.

Presentate a las nueve.

Trixie.

785. Park Avenue.

La escritura era femenina, y Angela inmediatamente relacionó aquella letra con la borla encontrada en el coche y la hora intempestiva a que había regresado Bob.

Sus sospechas iban adquiriendo relieve. Y en el alma sentía un amargor, y al propio tiempo una repulsión, un sentimiento de desprecio... Pero no quería copiar el papel, siempre lamentable y trá-

gico, de una mujer celosa; descubriría las cosas con el arma más sutil y femenina, el arma de la ironía donosa, de la burla suave, que hierde con la fiereza de una daga florentina.

Mientras Bob apartaba el embozo de su cama, y Jimmy el de la suya, Angela dejó oír su voz con el matiz más indiferente posible.

—No sabía la novedad.

—¿Qué novedad?—dijo Bob.

—Una sensacional.

Y mirándole con una sonrisa deliciosa, prosiguió.

—Eres un bígamo.

—¿Cómo? ¿De dónde has sacado ese absurdo?

—De aquí.

Le tendió el periódico, que los dos amigos leyeron, pálidos de ira y abrumados por el disgusto.

—¡Maldito reporter!—murmuró Bob—. ¡Eso es una falsedad!

—¿Estás seguro?

—¡Ya lo creo! Debería existir una ley contra estas cosas.

—Sin embargo, los nombres no parecen equivocados — prosiguió Angela con suave sonrisa—. Interviene usted, Jimmy... Vamos a

ver, ¿quién era esa señora Brooks?

Bob comprendió que era preciso encontrar una contestación inmediata que desvaneciese las sospechas, que aclarase aquel odioso suelto del periódico.

—¿No podías ser tú?—dijo sonriente.

—Seguro que no. A las diez estaba en cama.

—Pues era... era... Adivina quién era.

—Yo no sé... Tú dirás... que ibas con ella...

Bob miró a Angela y luego a su amigo Jimmy buscando una solución, una de esas respuestas adecuadas que salvan de un compromiso... Y tuvo una idea providencial.

—Era... era... ¡la esposa de Jimmy!

Jimmy se incorporó mirando desolado a Bob. ¿Qué estaba diciendo este loco? Vamos, no había derecho a cargarle a él con la responsabilidad.

—Sí...—siguió diciendo Bob, ya más animado—. El diario ha sufrido una equivocación. Se trata de la esposa de Jimmy y no de ti.

—¿De la esposa de Jimmy? ¿Pero no era soltero?

—¡Claro!—dijo éste.

Bob le lanzó una mirada terrible.

—Mi esposa no sabía que eras casado. No se lo había dicho.

Angela miró extrañada a su esposo y luego a Jimmy... ¿Cómo no le habían hablado de aquella boda? ¡Tan amigos y no estar enterada de este matrimonio!

—¿De modo que es usted casado?... ¿Y cómo ha sido éso?

—Súbitamente—respondió Jimmy.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Bob?

—Fué un casamiento secreto... Nadie lo sabe... menos su esposa... naturalmente.

—¿Y hace poco que se casaron?

—Muy poco...—dijo Jimmy sintiendo ansias de confesarlo todo.

—¿Dónde pasan ustedes la luna de miel?

—Pues en... el "Brazo de Hierro".

Angela volvió a contemplar a hurtadillas la tarjeta... En el

"Brazo de Hierro", el mismo hotel consignado en la misteriosa visita. ¡Ah!, tuvo el pleno convencimiento de que la engañaban, de que no había tal matrimonio, de que todo era una farsa urdida por Bob para alejar su responsabilidad.

—¿En el "Brazo de Hierro"?—comentó—. No creo que sea un gran hotel.

—Sí, pero...

Bob intervino en socorro de Jimmy.

—Está turbado, ¿ves? Ha querido decir que pasa la luna de miel en los brazos de su esposa.

—¿Y su nombre? ¿Cómo se llama su señora?

Jimmy, que se sentía cansado, sin fuerzas para inventar historias ni crear personajes, no supo qué contestar... ¡Ah, qué rabia le daba Bob! Pero había que seguir adaptándose a su papel de marido para librar a su amigo de las responsabilidades de su dudosa conducta.

—Vamos, ¿no me dice su nombre?—insistió Angela.

—Su apellido, ¿eh? ¡Ah, sí, es

el mismo que el mío, naturalmente!

—Me refiero a su nombre de soltera.

—A decir verdad, no es precisamente una mujer soltera.

—¿Pero cómo se llamaba antes?—dijo impaciente.

—Pues... Su nombre de pila, ¿eh?... Pues... Trixie.

Angela volvió a recordar que en la tarjeta había la firma de esta mujer. Sus sospechas se acentuaban.

—¿Y de dónde es?

—¡Del Sur!—dijo Jimmy.

—¡Del Norte!—contestó simultáneamente Bob.

—¿En qué quedamos?

—Verán...—dijo Jimmy, conciliador—. Es un poco del Sur... Un poco del Norte... Es decir... del Centro.

—Preséntemela pronto.

—Con mucho gusto.

—¡Es tan agradable conocer un matrimonio feliz! Hay tan pocos así... Bueno... No os llamaré hasta media tarde... ¡Adiós!

Y fríamente, sin tener para su

marido ni una sola palabra, ni siquiera de reproche, abandonó la alcoba, dejando a los dos amigos desolados por la comedia que habían tenido que inventar.

Se metieron cada uno en su cama... Bob parecía ahora muy disgustado.

—Lo comprendo... Ella desconfía de todo... Claro... mi conducta, mis ausencias, han de conducir forzosamente a eso.

—Tiene motivos para desconfiar. ¡Mira que dejar a tu Angela por esa Trixie, tan ordinaria, tan vulgar!

—¡Pero tan cariñosa!

—No tiene el alma de la tuya.

—¡Bah! Al fin y al cabo, Trixie no constituye para mí más que un pasatiempo.

—De cuyo pasatiempo resulto ser el marido de mentirijillas.

—¡Dejemos eso! ¿No te parece?

—Como quieras, pero no hay derecho a irte por las noches de juerguecita con Trixie, mientras que aquí queda tu mujer...

—Es que me encuentro solo en

esta casa. ¡Angela es tan reservada, tan fría, tan superficial! Yo había soñado con un cariño más hondo... no con esta placidez...

—Bien... bien... No discutamos ahora... Yo no puedo más... Estoy rendido.

Todavía Jimmy tenía en la ma-

no el muñeco, que no tardó en caer a tierra.

A los pocos momentos los dos amigos dormían a pesar de sus preocupaciones... Sus fuerzas físicas estaban agotadas... Necesitaban largas horas de sueño para poder volver a vivir.

* * *

Eran ya las ocho de la noche y todavía los dos amigos no habían salido de su habitación. El descanso se prolongaba más de lo regular, lo que causaba la desesperación de Angela, que, vestida con traje de *soirée*, se paseaba por el salón en espera de que apareciera su marido.

Su alma sufría viendo aquella falta de interés, aquel desplazamiento, cada vez más pronunciado, de su esposo... Estaba convencida de que Bob tenía una amiga, de que aquella Trixie que figura-

ba ser la esposa del inocente Jimmy no era en realidad más que la amante de Bob. Este había querido engañar a Angela con aquella mentira, pero el juego era demasiado vulgar... La tarjeta que ella tenía aún en la mano, con el anuncio para las nueve de la noche, era prueba evidente de la traición.

—¡Ah!—murmuró tristemente, mirando a Maggie, su doncella y a veces su confidente—. Bob se ha olvidado de que teníamos que ir al concierto.

—¡Pobre señorita!

—¡Estoy vencida, Maggie! Ese hombre se escapa de mis manos... Me abandona...

—¿Por qué no prueba la señorita de conservarlo y de hacerse cada día más atractiva, para que no piense en alejarse?

—¿Más atractiva? ¿Más amable? Acaso tengas razón, acaso yo en estos últimos tiempos me haya dedicado más a la sociedad que a mi propio marido... Pero él tampoco tiene interés... No existo para él... Estoy segura de que, apenas sale de casa, no se acuerda de mí...

—¡Quién sabe, señorita! Los hombres tienen sus preocupaciones, sus negocios; no podemos exigir de ellos una adoración constante.

—¡Los negocios de mi marido!
¡Los conozco bien!

De pronto, entró en la estancia, vestido de frac, despejado, alegre, Bob Brooks. Las largas horas de descanso habían reparado bien sus fuerzas y aparecía recién afeitado, los ojos brillantes, dispuesto a emprender otra vez la ruta de

la vida, con su cortejo de aventuras.

Elle le miró con reproche.

—Te estoy esperando desde hace dos horas para ir al concierto.

—¿Qué concierto? —preguntó, desorientado.

—Te olvidas a cada momento. Acabaré por no hablarte. Teníamos que ir a la "Sala Goethe", y como si te hablasen de la luna... ¡Si vieras cómo me cansa todo esto, tu actitud, tu desvío, tu displicencia!

—¿Y quién tiene la culpa sino tú?—le dijo seriamente—. Si siempre estás seria, como preocupada, entregada sólo a la frivolidad, sin tener para mí un momento, como si yo no fuera más que una de tantas cosas como hay en la vida. ¡Tan alegre y comunicativa como eras antes! ¡Y ahora! ¡Ah! ¡Cuando me acuerdo de tus tiempos de novia!

Tuvo Angela una triste sonrisa.

—Amigo mío, supongo que no querrás que me porte como una chiquilla. El matrimonio debe ir revestido de dignidad.

—Se es digno de muchas maneras.

Ella le interrumpió bruscamente.

—¡No me acordaba! Toma esta tarjeta que encontré en tu cuarto y luego esta borla de polvos... Creo que pertenece a la esposa de Jimmy.

—Se la entregaré—dijo, nervioso.

—Después de todo, soy una tonta en quejarme. Tampoco tú tienes derecho a cuidarte de mí... ¿Qué te importa cómo estoy ahora? ¿Voy acaso al concierto contigo? ¿Voy al teatro o a alguna parte? No, te vas siempre solo, y yo he de optar entre quedarme en casa encerrada o salir con las amigas.

—¡Por Dios, no te disgustes, Angela!... Iremos esta noche donde tú quieras... A ver, decide... ¿preferes que vayamos al Follies?

Quería tener contenta a su mujer, pues temía que ella pudiese descubrir sus enredos amorosos.

—¿Al Follies? Es demasiado alegre.

—¿Demasiado alegre? Enton-

ces vamos al Museo de Arte Egipcio.

—Te burlas de mí, ¿verdad? A la constante humillación de que me haces víctima, agregas la mofa... Pues bien, eso no estoy dispuesta a tolerarlo—dijo elevando el tono de la voz—. Escúchame bien. Fría y lógicamente, he decidido dejarte.

—¿Dejarme? Lo que tú haces es siempre frío y lógico, ¿no?

—Ya lo verás.

Cogió un maletín y lo llenó en un momento de sus vestidos, de sus cosas de mayor precisión.

El la contemplaba risueño haciéndole gracia aquella actitud inesperada de su esposa.

Sonriente, él quiso vaciarle la maleta.

—¡No la toques! —exclamó exasperada—. Me marchó ahora mismo. Así podrás tener mayor libertad y volver a casa sin necesidad de mentir ni de darme explicaciones.

—Pero, Angela, no tomes las cosas así, en ese terreno.

—Hemos terminado. Tengo ya bastante.

Bob se enfureció.

—Pero ¿qué te has creído tú? Soy yo quien se va ahora. ¡No faltaba más! Estoy cansado de tu frialdad, de tu carácter... Si estoy fuera de casa es por tu culpa, porque el amor más ardiente se helaría aquí en esta nevera. Sí, soy yo quien se va. No admito que después de la indiferencia con que me tratas desde que te casaste conmigo, todavía me amenaces con marcharte. ¡Adiós, y que te conserves!

Angela pareció un poco aturdida por el reproche.

—¡Bob! ¿Por ventura he faltado a mis deberes de esposa? ¿Por qué me censuras de ese modo?

—Porque estás haciendo por deber lo que generalmente se hace por placer. Estoy harto de tu indiferencia, de tu resignación para conmigo. Te hubiera querido siempre como cuando eras novia, sin esa dignidad de que dices ha de ir revestido el carácter de la esposa. Amaba tu temperamento de antes, bullanguero y nervioso, no el de ahora pasivo y glacial. ¡Y aun me censuras porque estoy lejos de casa! ¿Es que tú no sales con frecuencia? Y cuando estás

aquí, es como si no estuvieras, pues nunca tienes para mí una palabra de amor, de aliento, de simpatía... ¡Nada! Tus quejas de hoy han llegado al colmo... ¡Buenas noches!

—Pero, Bob, Bob...

Este no quiso atenderle y abandonó la habitación, saliendo a los pocos momentos de la casa.

Angela quedó aterrorizada ante aquella actitud, ante aquel gesto que ella no podía esperar. Instantáneamente olvidó los propósitos de fuga que había tenido momentos antes y sólo pensó en que su marido la abandonaba, acaso para siempre.

De repente despertó en su corazón el amor que sentía por él, la ternura de los otros días, oculta bajo la fría razón, pero que vibraba en el fondo del alma.

¡Dios mío! ¡Acaso lo había perdido por su propia culpa, por no ser lo bastante agradable, lo bastante femenina con él!

Descendió la escalera llamando aún con voces desesperadas a Bob.

Alguien pasó en aquel instante por su lado. Iba de puntillas, cauteloso, sin hacer ruido... Pero le

cayó le bastón que llevaba en la mano, y Angela vió entonces junto a ella, humilde y saludando tímidamente, a Jimmy.

—¡Buenas noches, señora!—dijo el amigo, que había oído los gritos de antes—. He pasado un buen día durmiendo... ¡Buenas noches!

—¿No sabe, Jimmy? Bob se ha marchado... Está furioso conmigo. ¡Ah! ¿No cree usted que habrá ido a buscar a otra mujer?

—No.

—Yo sospecho... ¡Sí!... ¡Sí!

Pensó en aquella Trixie, en que Jimmy era cómplice de Bob, en que lo de la boda de Jimmy era una mentira urdida para salvar a su marido.

Ella quería enterarse de la verdad, cerciorarse por sus propios ojos de la traición o convencerse de que sus sospechas eran infundadas.

Miró a Jimmy fijamente y le propuso:

—¿Quieren ofrecerme hospitalidad esta noche en su casa?

Jimmy se estremeció e inició una sonrisa desoladora.

—Tendríamos mucho gusto en

ello... pero esta noche es imposible.

—¿Y por qué?

—Mi esposa es muy tímida.

—Y eso, ¿qué importa? Será tímida con los hombres, pero con una mujer...

—Además... no se encuentra muy bien. Tiene una violenta jaqueca.

—Hágame este favor, Jimmy—agregó, comprendiendo que aquellas dificultades eran debidas a lo falso de la situación.

—No, Angela, no. No está bien que usted conozca mi vida doméstica. ¡Es tan desordenada, tan diferente de la suya!

—Nada de ello me espanta. Tiene usted que acogerme. Aunque sólo sea en pago de la hospitalidad que le hemos brindado hoy.

—Bien, señora, bien... pero yo...

—Marchemos en seguida.

—No sé cómo tomará mi esposa su presencia—dijo Jimmy horrorizado—. A lo mejor cree que yo la traiciono...

—No sería el primer marido que tal hace...

—¿Por qué toma usted las co-

sas por la tremenda? ¿Por qué no se consuela a la manera de Bob?... Salga... Diviértase...

— Yo no sé divertirme.

— Pruebe.

— No... no...

— Pruebe... Y... hasta mañana, señora.

Bajó precipitadamente las escaleras con el ánimo de escapar de aquel compromiso abrumador. Pero Angela, dispuesta a todo, a descubrir de una vez en qué malos pasos andaba metido su marido, se dispuso a seguirle.

— ¡Dame la maleta, Maggie! ¡Pronto! ¡Bien! ¡Gracias!

— ¿Pero, adónde va usted, señorita?

— ¡A luchar por mi felicidad! ¡A recobrarla! ¡Adiós!

Salió a la calle en el momento en que Jimmy iba a tomar un taxi. En vano el pobre amigo quiso hacerle comprender que no era posible que fuese con él. La joven se empeñó y se salió al fin con la suya.

Y Jimmy, cerrando los ojos, se preguntó qué iba a pasar cuando llegasen al hotel "Brazo de Hierro" y se encontrasen con Trixie...

¡En qué tremenda aventura estaba metido! ¡Cuán difícil era salir bien de ella!

* * *

Trixie era una bailarina de music-hall. Mujer muy guapa, muy alegre, muy mimosa. Tenía metido en el bolsillo a Bob Brooks, el cual encontraba junto a ella, a

pesar de ser una muchacha incapaz de amar con fidelidad, pero sí con intensidad, todo lo que le faltaba en casa.

Trixie ocupaba un ala del cuar-

to piso del hotel "Brazo de Hierro", pensión un poco ambigua donde se ocultaban a veces amores de tapadillo.

Aquella noche Trixie se hallaba en una de las salitas, en compañía de dos amigos, artistas, como ella, de music-hall. Los tres acostumbraban hacer un número en los conciertos y ahora estaban ensayando una nueva composición.

Trixie, vestida con un faldellín tan corto que dejaba ver la hermosa pierna en toda su extensión, danzaba, haciendo mover rítmicamente una chistera y un junco.

Tenía toda la gracia, toda la picardía del music-hall. Su sonrisa era exquisita; sus ojos reidores y dulces parecían prometer todo el magnetismo del amor.

Era muy joven y ya figuraba en su haber un crecido número de amantes que habían ido pasando sin dejar en su corazón ninguna huella. Mientras estuvo con ellos se mantuvo fiel y generosa. Mas pronto los abandonó para buscar en otro amor un afán incesante de emociones...

Ahora parecía muy interesada

por Bob Brooks, este gentil millonario que pagaba con largueza sus besos.

Cuando ella terminó de bailar, sus amigos aplaudieron fervorosamente.

— ¡Muy bien, Trixie!... Pero una vez más hemos de repetir el número. Quiero que quede aún mejor.

— ¿Otra vez?

— Anda, date prisa.

— No perdamos tiempo. Bob va a venir esta noche.

— ¡Es simpático tu amigo!

— ¡Mi pobrecito Bob! — dijo ella, riendo—. Suerte tiene de mí, de mis ternuras... Su mujer no lo comprende.

— ¡Y tan generoso como es!

Volvió ella a bailar y de pronto llamaron bruscamente a la puerta. Uno de los amigos se apresuró a abrir y apareció Jimmy Wade, el íntimo amigo de Bob.

Estaba pálido; en sus ojos había una luz de inquietud, sus labios temblaban.

Avanzó nerviosamente por la estancia y mirando a Trixie la dijo con tono angustioso:

—¡Trixie!... ¡Una cuestión de vida o muerte!

—¿Qué ocurre?

—¡Oh!

—¿Ha muerto Bob? — dijo alarmada ante el espanto creciente de su amigo.

—Algo peor.

Pero no pudo decir más, pues apareció en el umbral la figura señorial, aristocrática, de Angela.

La dama, que sospechaba toda la verdad, que comprendía claramente que Trixie no era la esposa de Jimmy, sino la amiguita de Bob, quiso conocer a ésta y se dispuso a simular de la mejor manera una comedia que en el fondo era trágica.

Tal vez Bob llegase de un momento a otro y ella quería sorprender a su marido en aquel instante turbador del encuentro.

Lentamente, descalzándose el guante impecable, avanzó por la sala. Unas joyas centelleaban sobre sus manos con un temblor mágico de iris.

Trixie la contempló con profunda extrañeza, sin poder adivinar

quién era aquella gran señora que iba con Jimmy.

Los dos amigos miraban también en silencio a la recién llegada y sentían cierto malestar inexplicable.

Angela, sonriente, tendió la mano a Trixie.

—Celebro conocerla, señora.

—¡Gracias!—dijo Trixie, desconcertada.

—¿Cómo sigue esa jaqueca? Ya me ha dicho Jimmy que usted no se encontraba bien.

—Pero... ¿quién es esta señora?

—La señora de Bob Brooks—murmuró Jimmy, angustiado.

—¿De Bob?

Horrorizada, pareció ir a manifestar su sorpresa, pero Jimmy la besó fuertemente en los labios, impidiendo que hablara.

Los dos amigos de Trixie, al oír que se hallaban ante la esposa de Bob, temieron con razón que se desarrollase un verdadero drama y salieron rápidamente dejando a Trixie que se arreglara con su rival.

Jimmy estaba aturdido y Trixie

le miraba de vez en cuando, pidiéndole explicación conveniente.

Angela, sin perder la serenidad, dándose cuenta de aquella turbación, dijo a Trixie sonriente:

—¿Y cómo va la luna de miel?

A Trixie le hablaban realmente de la "luna" y respondió:

—Señora, no comprendo...

Jimmy volvió a cortar sus palabras con un ardiente beso y le dijo:

—Mi mujer está encantada de nuestra unión... ¿No lo está usted viendo, Angela? Somos la mar de felices.

—Bien lo noto. Me alegro sinceramente de haber venido para presenciar esa... felicidad.

—Ya se lo dije a usted antes—indicó Jimmy—. Mi Trixie es una mujercita encantadora.

La bailarina no salía de su asombro. A punto estuvo de creer que soñaba, que se hallaba bajo los efectos de un tóxico...

¿Qué significaba toda aquella extraña confusión? ¿Qué venía a hacer la esposa de Bob en aquella casa? Y sobre todo, ¿por qué se

presentaba Jimmy como si fuera su marido?

La única que se mantenía en un plan de aparente tranquilidad, aunque comprendiendo íntimamente la confusión en que se hallaban los demás, era Angela.

Jimmy bebióse una copa de licor e invitó a tomar otra a Angela. Ella la rechazó con una sonrisa.

—¡Ah, no me acordaba! Angela es como tú, Trixie. No bebe.

—Y yo debería beber... para olvidar—exclamó Angela con una sonrisa melancólica—. Siempre hay disgustos en los hogares. Ahora mismo, mi marido y yo hemos tenido una discusión por una tontería.

—¿Sí?—preguntó Trixie con interés.

—Una infidelidad de él... Nada trascendental, seguramente... Algo que no vale la pena, que olvidará con la misma facilidad con que lo consiguió...

Y la mirada de ella se hacía más irónica, más llena de sarcasmo, al contemplar a Trixie cuya nerviosidad se acentuaba.

Angela, con despreocupación,

avanzó hacia la habitación cercana, una salita coquetona.

—¡Qué encantador nido para dos enamorados! Un digno escenario de su felicidad, queridos...

Y miraba a Jimmy y a Trixie... La bailarina intentó varias veces hablar, pedirle explicaciones a su amigo acerca de aquella extraña e incomprensible escena, pero Jimmy, atolondrado, se encogía de hombros y sólo le recomendaba calma.

Fué Angela contemplando todos los cuadros que había en la salita y de pronto se fijó en un retrato de Bob que estaba colocado sobre una consola.

Sufrió una rápida y nueva desilusión viendo más patente la prueba de la traición.

Aquel retrato era como si le arrancasen el último lienzo de la duda; detrás estaba ya la realidad, cruda y sin engaños posibles.

Intentó alcanzar el cuadrado, pero Jimmy corrió a colocarse ante él.

—¡Hágame el favor! ¿Quiere enseñármelo?—dijo ella.

—Sí...

Lo puso en sus manos y agregó: —Bob me lo ha regalado...

Angela lo contempló con amargura y leyó en voz alta la dedicatoria puesta al pie.

"A mi queridita amiguita, con todo cariño".

—¿Y se lo regaló a usted?—preguntó a Jimmy.

—Bueno, a mí, precisamente, no... Mejor dicho, se lo regaló a una de mis sobrinitas...

—Ya comprendo... ya... No diga más...

Volvió desdeñosamente la fotografía a su sitio y siguió paseando por el salón.

Trixie, que se había retirado unos momentos, regresó al lado de ellos, preguntándose en qué pararía aquella inesperada visita.

—Si ustedes me lo permiten, pasaré la noche aquí—dijo de pronto Angela—. No quiero estar con mi marido después de lo ocurrido entre los dos.

—Pero, señora... ¡si no tenemos sitio!—indicó Jimmy.

—¡Oh, en cualquier parte!... Ahí, en esa linda habitación—di-

jo entrando en un cuarto contiguo lleno de tapices y almohadones y en cuyo fondo había una policromada cama turca.

Trixie y Jimmy la siguieron lentamente. Pero, en qué compromisos les estaba poniendo aquella señora... De un momento a otro iba a llegar Bob y se armaría la de San Quintín.

—No es muy tranquila mi casa, señora—dijo Trixie—. En la alameda hay un gato enamorado.

—No me preocupa... Su maullido me servirá de distracción...

—Pero, señora—le indicó Jimmy—, usted no debería quedarse aquí... Bob va a estar muy intranquilo.

—¿El? ¡Si no se preocupa de mí!—dijo con un gesto despectivo—. Seguramente habrá ido a ver a esa mujer.

—Y... ¿sabe usted quién es ella?—dijo Trixie, miedosa.

—Lo sospecho.

Y sonriente empezó a sacar ropas de su maleta, con el propósito de instalarse por aquella noche en la casa.

Entre las ropas surgió un revól-

ver de plata, lindo juguete que, como algunas mujeres bonitas, causa heridas de muerte.

Empezó a jugar con él... Trixie y Jimmy se echaron a temblar...

—No vaya de prisa, señora... Deje usted el revólver... Se puede usted equivocar—dijo Jimmy.

—Algún día me habrá de servir... Estoy segura.

—¡Tranquilícese, señora! Vale más no apurarse por nada.

—Acaso esté equivocada y sea mejor reír... Ya lo pensaré... Esta noche he de resolverlo... Y entretanto, muchas gracias por la generosa hospitalidad que me ofrecen.

No pudieron negarse a aquella coacción. Y Angela, siempre sonriente, con la esperanza de que iba a llegar su marido, una esperanza que hubiera querido no se cumpliera nunca, preguntó:

—¿Y cuál es la habitación de ustedes?

—La contigua...

Entraron en ella, una sala amplia, despejada, con vistas a la calle.

—¡Qué bonita! ¡Qué lujosa!
¡Ah, usted y su marido son personas de buen gusto!

—¿Mi marido?—volvió a decir Trixie.

Pero otro fuerte beso en la boca dado por Jimmy la hizo enmudecer.

—Que ustedes descansen—les dijo Angela con ironía—. Y creo que sólo abusaré por esta noche de su generosa invitación... Mañana me iré a un hotel o a mi propia casa. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Con maravillosa sonrisa Angela volvió a su cuarto... Al quedar sola sintió repentinas ganas de reír... En medio de su drama, el caso tenía algo de cómico... En qué compromiso estaba poniendo a Trixie, la amante de Bob, bien lo había ella adivinado...

Al evocar este nombre, su sonrisa desapareció para dar paso al sentimiento del dolor...

¡Llorar... había que llorar!... ¿No estaba realizando ahora aquella comedia con el único propósito de comprobar la traición de su marido?

¿Por qué se quedaba? ¿Qué pruebas más grandes quería ya? El retrato de Bob, la comprometora dedicatoria, la turbación de Trixie y de Jimmy, no eran datos más que suficientes de aquel engaño?

Ahora percibió en esta alcoba el mismo perfume que acostumbraba usar su marido. ¡Cuántas veces él habría estado aquí, habría llenado de besos a Trixie, mientras Angela lloraba abandonada en su hogar!...

Pero el alma de aquella esposa engañada necesitaba aún más dolor, cierto anhelo voluptuoso que los psicólogos han llamado el placer de sufrir. Quería saturarse por completo de su infortunio.

Algo le decía en el corazón que Bob no tardaría en venir, y deseaba presentarse ante él, afeándole su conducta, su intolerable proceder, su burdo engaño.

Pero, entretanto, estaba dispuesta a burlarse de Trixie, a hacerle pasar el mal rato que la artista se merecía.

Trixie y Jimmy, encerrados en la habitación de la primera, se miraron con violencia.

—¿Me quieres explicar lo que significa todo esto, idiota?—le dijo ella con voz vibrante de indignación.

—Algo terrible, Trixie, que yo no he podido evitar... Para salvarse de un compromiso, Bob me ha hecho pasar por tu marido. Le ha dicho a su mujer que estoy casado contigo.

—¿Casado yo contigo? ¡Qué gracia!... ¿Y esa señora?

—Angela ha venido a cerciorarse de si realmente somos un matrimonio.

—Pues, entonces, ya que somos marido y mujer, empecemos la comedia de un modo verosímil.

Y cogiendo un rodillo con el que ella se daba masaje vibratorio, fué

a descargarlo contra el pobre Jimmy, quien huyó despavorido.

—¡Por favor, Trixie!

—¡Sal de aquí!

—¡No grites!... Va a sospechar...

Llamaron a la puerta y, sin esperar a que le concediesen permiso, Angela entró en la habitación llevando un par de pijamas en la mano.

—Pensé que necesitarían ustedes sus pijamas...—dijo sonriente.

—Tiene usted razón. Gracias...

—Pero ¿todavía no se han desnudado ustedes?

—Ahora... ahora mismo...

Angela se complacía en la turbación del supuesto matrimonio.

Trixie se colocó una fina camisita de dormir sobre el tenue fallén que llevaba, y Jimmy, pesa-

roso, comenzó a quitarse el frac.

—¡Buenas noches!—dijo Angela—. Si el gato celoso me molesta mucho, volveré a hacerles compañía.

—Bien... bien...

Pero no habían transcurrido aún dos minutos cuando de nuevo se oyó el golpecito en la puerta, y Jimmy y Trixie, horrorizados, se metieron en la cama, cubriéndose hasta los ojos con una colcha de seda.

—Se había descuidado usted en mi cuarto las zapatillas, Jimmy—dijo Angela, divertida en medio de su tristeza.

—Gracias.

Jimmy metió las zapatillas dentro de la cama y volvió a taparse hasta los ojos, mientras Trixie a su lado simulaba dormir.

Apenas ella hubo salido, Trixie se levantó.

—Cierra con llave la puerta... No quiero volver a ver a esa mujer.

De puntillas, Jimmy dió la vuelta a la cerradura, pero, siempre torpe, le cayó el llavín al suelo,

produciendo un comprometedor ruido metálico.

Angela, desde su cuarto, se dió cuenta de que habían cerrado la puerta y lamentó aquella determinación que le impediría seguir molestando, como era su deseo, al supuesto matrimonio.

Mientras, Trixie, que se había levantado de la cama, ordenaba al pobre Jimmy:

—Ahora, vete de aquí... No creas que vayas a pasar la noche conmigo...

—Pero, mujer, casi lo merecería como premio...

—¿Premio después de lo que has hecho, después de que por tu culpa?...

—¡Si fué Bob!...

—Pero tú seguiste la broma.

—Habría sido peor.

—No... no... ¡Vete!

Jimmy cogió sus ropas y salió lentamente por otra puerta que daba al corredor.

Pero instantes después se detuvo sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

Vió avanzar por el corredor a Bob Brooks, quien después de ha-

ber vagado largo rato aburrido por la ciudad, se disponía a pasar la noche junto a su amiguita Trixie.

Los dos hombres se contemplaron fijamente; con asombro extraordinario Bob al ver allí a su amigo; con un espanto indecible Jimmy Wade.

¡Bob allí! ¡Aquello era ya la catástrofe, la hecatombe más espantosa! Su situación no podía ser más comprometedora... Iba en mangas de camisa, pantalón casi caído, desabrochado el cuello... y salía de la alcoba de Trixie.

Jimmy, incapaz de dar ahora una explicación y recordando por otra parte que Angela se hallaba allí mismo, retrocedió velozmente encerrándose con llave en la habitación.

La sorpresa de Bob fué inmensa al ver en casa de su amiga al severo Jimmy y en aquella intimidad sospechosa.

Sintió en el alma la ofensa de aquel acto y se dispuso a entrar para pedir inmediatas explicaciones.

Trixie acogió con furor a Jimmy.

—¿Otra vez aquí? ¿Qué vienes a hacer?

—¡Pronto! ¡Escóndete! ¡Bob ha llegado!

—¡Bob! ¡Es capaz de matarme!

Jimmy, dando muestras de gran nerviosidad, cerró con llave la puerta que daba al corredor y empezó a poner muebles junto a ella a guisa de barricada.

Trixie buscaba un sitio donde esconderse, sin encontrarlo en su precipitación... Y entretanto, Bob, ofendido por lo que creía un engaño, una traición de su amigo, daba recios golpes a la puerta.

—¡Abre inmediatamente! ¡Pronto!

—¡Estoy muy ocupado, Bob!

—¡Miserable! Abre, te digo... ¿Dónde tienes a Trixie?

—Trixie no está aquí, te lo aseguro.

—Yo romperé esa puerta...

El pánico de Trixie y su amigo era indescriptible. Iban de un lado a otro sin saber qué hacer, pensando que Bob les iba a sorpren-

der en el cuarto y creería seguramente lo peor...

Angela, desde su habitación, había escuchado voces, y pronto reconoció la de Bob que decía claramente:

—¡Trixie está contigo, miserable! ¡Trixie está contigo!...

¡Qué daño sufrió en el alma aquella mujer al oír en boca de su esposo el nombre de Trixie dicho con un acento de celos, de furor, de odio, de amor ultrajado!

¡Ah, cómo debería sufrir Trixie en aquel instante! Se alegraba de ello, pero lo sentía por Jimmy. Al fin y al cabo éste no era más que una víctima de las circunstancias, de la amistad...

Los golpes aumentaban y Bob empujó fuertemente la puerta con el recio peso de su cuerpo.

La cerradura peligraba.

Jimmy y Trixie comprendieron que era preciso evitar de cualquier manera que les encontrasen allí juntos.

Por fin Jimmy se fijó en que había en el cuarto una ventana que comunicaba con una escalera ex-

terior, e hizo descender por ella a Trixie.

—¡Vete! Yo ya me arreglaré.

—Pero, ¿cómo explicarás tu presencia aquí?

—No te preocupes... Ya veré...

La puerta cedía y con ella los obstáculos puestos como parapeto. Trixie desapareció y Jimmy comenzó a pasear inquieto por la habitación preguntándose qué iba a decir para justificar su presencia.

Desde su cuarto Angela continuaba oyendo los gritos, y temerosa de que pudiera ocurrirle algo a Jimmy, se dirigió a aquella habitación por una segunda puerta que estaba simplemente entornada y que comunicaba con las dos alcobas.

Jimmy la miró con horror. ¿Esto más? ¿Qué venía a hacer ahora aquí esa mujer? ¡Oh, y ella iba en *déshabillé*, es decir, en *toilette* adecuada para alegrar a un marido!...

La puerta cedía, ya estaba abierta como cosa de dos dedos derribando las mesas y sillas colocadas detrás...

—¡Oh, váyase, váyase!

Pero ya era imposible salir; unos segundos más y Bob estaría dentro... Y antes de que Angela intentara decir alguna cosa, Jimmy la cogió en brazos, la tendió en la cama y la cubrió totalmente con una colcha, mientras él se sentaba a su lado, impidiendo todos los movimientos y gestos de protesta de la dama.

Por fin, furioso, centelleante de indignación, Bob entró en el cuarto apartando bruscamente con el pie los últimos obstáculos que le cerraban el paso.

Jimmy, con una sonrisa de coqueño, sin soltar el extremo superior de la colcha bajo la cual el cuerpo maravilloso de Angela adquiría vivo relieve, le dijo con humilde voz:

—¡Hola, Bob!

—¡Idiota!—le gritó Bob—. ¿Me quieres explicar tu presencia aquí?

—No vayas a pensar mal...

—¿Crees que me estoy chupando el dedo?

—Créeme si quieres... pero mi presencia en esta casa es... puramente platónica...

—¿Platónica? No me hagas reír... Nos conocemos todos. ¡Qué asco! En fin, ¿quién es esa dama?

Angela pugnaba al principio por salir, pero ahora, temerosa de las consecuencias que podrían derivarse de su acto, pues acaso su marido creyera con toda verosimilitud que ella le estaba engañando, permaneció inmóvil y acobardada.

—¿Quién es esa dama? ¡Pronto! Si no quieres que... Es Trixie, lo sé... pero necesito convencerme con mis propios ojos de tu traición. ¡No tienes vergüenza! ¡Eres el ser más abyecto que he conocido!

—Pero, Bob, no te pongas así...

—Si hubiera traído un arma, no veías el nuevo sol...

Pero entonces, tranquila, envuelta en un abrigo de pieles, sonriente, como si nada hubiese ocurrido, entró Trixie en la habitación...

Ella por la escalera había entrado por otro cuarto y poniéndose un abrigo daba la sensación de que venía de la calle.

Una alegre sorpresa se pintó en

los ojos de Bob al ver a su amiga. Respiró... No había traición... Pero Jimmy no las tenía todas consigo, pensando en su inmensa responsabilidad si se descubría quién estaba bajo la colcha.

—¡Trixie!—dijo Bob—. ¡Oh, cerebro verte!... Creí que me estabas engañando.

—¿Puedes creer eso de mí, bien mío?

—No... no... Pero... ¿Me quieres decir qué hace Jimmy en esta casa? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué adopta esas precauciones?

—Yo debo salvaguardar el honor de esa dama, Bob—dijo Jimmy.

—¿Por qué estás aquí?

—¡Perdónale, Bob!—dijo Trixie, sonriente—. Le he prestado mi habitación a Jimmy... Era una aventura de compromiso y...

Miraba sonriente a Jimmy adivinando quién estaba junto a él... ¡Ah, si Angela llegara a levantar la cabeza!

Bob pareció tranquilizarse.

—No sospechaba que Jimmy tuviese esos compromisos... En fin... perdona... Y siento el haber in-

sistido tanto, bella señora—dijo mirando la colcha.

Angela se estremeció bajo las sedas...

—Al principio tuve miedo... Creí si mi Trixie... Pero, no... Usted perdone, señora, por mi rudeza al entrar, por mi inoportunidad al interrumpir ese idilio. ¡Son tan agradables, tan deliciosos esos amores! Pero, bella señora, ¿no quiere usted mostrarnos la cara?

Angela no respondió, y Jimmy, otra vez angustiado, dijo:

—No puede ser... Debe mantener el más riguroso incógnito.

—¿Por qué no me la presentas?

—¡Es imposible, Bob!... Es casada.

Bob sonrió.

—Lo será con un idiota, por supuesto.

Trixie y Jimmy lanzaron una sonora carcajada.

—¡Por supuesto!

—Bien... bien... pero ¿no quiere usted hacernos el honor de cenar con nosotros, bella desconocida? Pase con que no sepamos su nom-



—¡Eso es una falsedad!



—Pensé que necesitarían ustedes sus pijamas...



— Se había descuidado usted en mi cuarto las zapatillas, Jimmy.



—Ahora, vete de aquí...



... ascendían por las escaleras de hierro ..



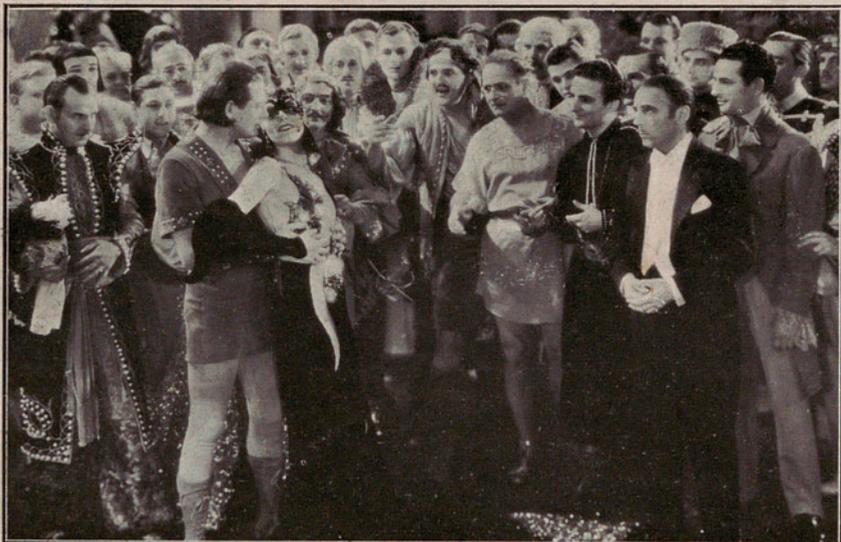
... vestido de caballero veneciano...



— ¿Qué prima dan por la bellà Trixie?



La máscara, separándose de él...



— ¡Bien venidas sean las llamas que nos fraes de los infiernos!



— ¡Mil quinientos dólares por Madame Satán!



— Madame Satán se quitará la careta cuando todo el mundo se haya quitado la suya.



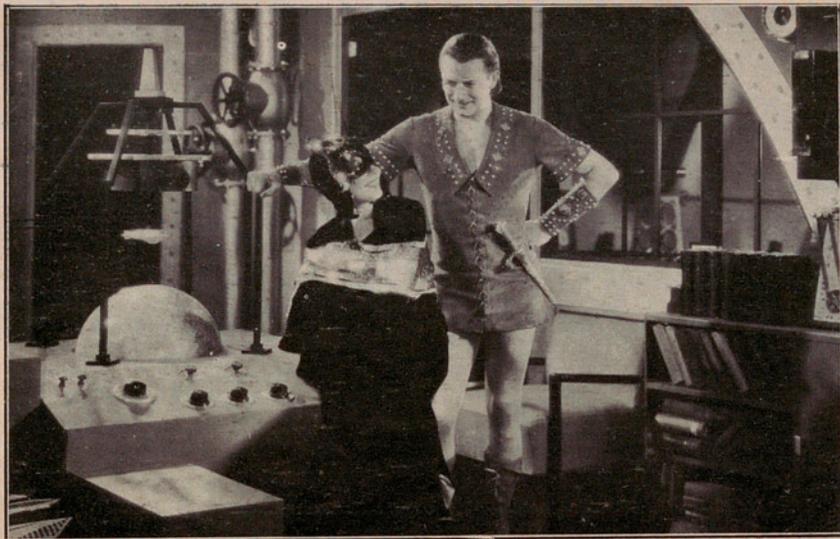
— ¡Eres divina y diabólica, todo a la vez!



— ¿Me conoces? — preguntó Bob con sorpresa.



... sonrió a Bob...



— Sería usted más encantadora vestida de ángel.



— Es preciso que separes a Bob de esa mujer.

M A D A M E S A T Á N

bre, pero al menos, ¿por qué no podemos contemplar su rostro?

—No insistas—dijo Jimmy, más tranquilizado—. Se trata de una dama importantísima. Además, se siente muy fatigada. Necesita descansar.

—Entonces retiro la invitación y vuelvo a decir cuánto lamento mi entrada. ¿Me acompañas al restorán, Trixie?

—Pero ¿vamos a salir todas las noches?—dijo la artista.

—Soy libre como un soltero.

—¿Libre?

—Sí, me he marchado de casa.

—¿Qué dirá tu esposa?

—¿Ángela? A ella le es igual.

¿Qué le importa? Es una mujer tan fría, tan poco atenta, tan desdenosa, que no creo me encuentre mucho a faltar. ¿Vienes, Trixie?

—En seguida, Bob... Vete ahora, saldremos juntos. Espérame en el saloncito de la izquierda... Ve tú con él, Jimmy. Yo entretanto me vestiré.

—Bien... bien...

Salieron los dos hombres, comentando risueños la aventura que por un momento les había creído rivales...

—¡Ah, pícaro! ¡Y decías que no tenías líos con mujeres!—le dijo Bob—. Y nada menos con casadas.

—¡Y qué casadas!

—¿De compromiso?

—No puedes figurártelo aún bien.

—Ya será un poco menos.

—O un poco más...

Y le cogió del brazo y suspiró cómicamente.

* * *

Trixie libró de la colcha a Angela, quien con el rostro oculto entre las manos sufría amargamente al ver el desdén, la indiferencia de su marido para con ella. Sonrió Trixie con ironía.

—¡Hela ahí cogida en su propia trampa!—le dijo.

Angela levantó la cabeza. Sus hermosos ojos azules estaban bañados en lágrimas.

—¡Cuán gravemente ha sido castigada mi curiosidad!—dijo—. Mi marido no se interesa por mí, no me quiere. Usted ha conseguido conquistarle. Y sin embargo, yo nunca le engañé, yo sólo viví, en la vida del amor, por él... ¿Por qué ahora ese desdén tan grande?

Hablaba con melancolía, sin arrebatos, sin odio alguno hacia aquella rival vencedora...

Trixie continuó mirándola risue-

ña desde el alto pedestal de su triunfo.

—¿Quiere usted sabe por qué yo he sabido conquistar el corazón de Bob?... ¿Quiere usted saberlo?

—¿Por qué?

—Porque yo tengo una fuerza que usted no puede comprender. Porque usted es arisca y dura con él y yo soy todo lo contrario.

—¡No es cierto!—protestó Angela—. Nunca he faltado a mis deberes, le atendí... Fuí para él una esposa fiel y digna.

—Eso no basta para ser una verdadera mujer... Los besos de las esposas parece que los dais como una obligación... Someteros... no ofrecer nada... ese es el papel que os reserváis en el matrimonio... Y eso no basta para llenar la vida de un hombre. Yo río con él, bebo con él y soy la alegría y

la felicidad... Besos... perfumes... flores... nada falta en mi casa. No soy avara de mí misma. Estoy hecha de carne sensible, no de hielo. ¿Comprende usted el secreto de mi triunfo?... Tiene usted mucho que aprender de mí todavía, señora... No es con el proceder de usted como los maridos se encuentran bien en su casa.

Angela bajó abrumada la cabeza.

—¡Es verdad!... ¡Es verdad! sollozó con melancolía—. Pero también las esposas estamos hechas de carne sensible, sino que no nos atrevemos a manifestarlo... Tiene usted razón. Para nosotras, el marido no parece ser el único objeto de nuestra existencia y de ahí que nos lo quiten con tanta facilidad... Sí... hay que ser algo más que un pedazo de hielo... Hay que atreverse... Pues bien—agregó levantándose y con una gran luz en la mirada—. Yo voy a atreverme. ¡Voy a reconquistarlo!

—¡Demasiado tarde!

—¡No... no! Besos... Perfumes... yo le ofreceré todo.

—Ahora todo será inútil ya...

Bob es bien mío... No lo olvide.

—¿Suyo? Usted misma me ha dado una lección para que lo reconquiste, y no lo olvidaré... Hasta hoy fuí la esposa frívola que me enseñaron a ser; esta noche he aprendido cosas bien diferentes. ¡Bob volverá a mí, Trixie!

—Trabajo le doy... Bob es todo mío; su alma, su voluntad, su corazón, todo es mío.

—¿Suyo? De quien pueda más, y yo me prometo poder... Soy joven como usted, como usted tampoco soy despreciable y sabré llenar mi alma de tentaciones y de perfumes y de misterios para reconquistarle... Volverá a ser mío, mío... como antes... No, como antes, no... como nunca... y los dos alcanzaremos un nuevo amor.

Y abandonó rápidamente la estancia yendo a su cuarto, recogiendo en un santiamén la maleta y marchando de aquella casa donde la vida le había ofrecido una lección durísima que ella estaba dispuesta a aprovechar.

Trixie encendió un cigarrillo con indolencia y fué a reunirse con Bob que se hallaba oyendo

de labios de Jimmy una peregrina historia que éste inventaba para justificar la personalidad de la dama incógnita que había dado aquel resbalón en el camino del honor...

* * *

Pasaron días, semanas, un mes...

El matrimonio Brooks continuaba separado... Bob vivía la mayor parte del tiempo con Trixie. Angela ocupaba varias habitaciones de un hotel. No habían dado todavía ningún paso para el divorcio, pero no podían tardar mucho en acordar estado legal a aquella separación que parecía definitiva.

Bob no encontraba a faltar demasiado a su mujer. El cariño y el interés que le demostraba Trixie le hacían olvidar el recuerdo de su esposa. Cierto que no le ligaba a la bailarina ningún sentimiento fuerte y duradero, pero se encontraba bien junto a ella, halagado por sus ternuras.

Por su parte, Angela no había abandonado la idea de reconquistar un día el corazón de su marido. No con súplicas, no con lágrimas, no con humillaciones, sino con besos, con perfumes, con todo lo que constituye la salsa deliciosa del amor... Y buscaba una ocasión para ello.

Jimmy Wade, el buen amigo de Bob, el hombre sencillo a pesar de su caudal inmenso, había adquirido, hacía poco tiempo, un magnífico zepelín, hermosa aeronave, rival de las gloriosas que han atravesado el mar y dado la vuelta al mundo. Y para celebrar la compra del dirigible, del barco aéreo con el que pensaba marchar en

breve a Europa, dió en la ocurrencia de organizar un baile de máscaras a bordo del zepelín.

El dirigible estaba amarrado por cable metálico a lo alto de una torre de hierro de unos cincuenta metros expresamente construída, situada en uno de los campos de aviación de los alrededores de la ciudad.

Jimmy Wade repartió un día entre sus numerosas amistades, invitaciones para aquella fiesta exótica y digna de un millonario excéntrico y original.

Fiesta de Caridad

Invitación

El señor Jimmy Wade tiene el honor de invitarle al baile de máscaras que dará el martes próximo en su zepelín C. V. P. 55 North Field.

Entrada a las once de la noche.

La recaudación obtenida será destinada a los pobres.

Y aquella noche una caravana de coches llegaba al campo de aviación sumido en tinieblas, des-

tacando solamente los focos eléctricos de la gran torre y la masa gris del zepelín en lo alto con el resplandor de las grandes cabinas encendidas.

Los invitados, disfrazados con los trajes más típicos, más diversos, de todas las épocas, de todos los estilos, desde los de las primeras edades de la historia a los vestidos ultramodernos y fantásticos, reían y se apretujaban para subir al dirigible.

Los dos ascensores funcionaban incesantemente trasladando hacia el zepelín a los numerosos invitados que alegres, cantaban, bailaban y reían, como si no pudieran detener ya por más tiempo su ansia de diversión.

Otros invitados no querían hacer cola para aguardar su turno y ascendían por las escaleras de hierro que al cabo de mil escalones conducían al zepelín.

A medida que subían, dominaban mayor extensión de la ciudad iluminada, y lanzaban exclamaciones de asombro ante aquella hileras de luces que se extendía por todas partes envolviendo a la ciu-

dad como en un inmenso mar de oro.

De vez en cuando, tripulantes del dirigible, uniformados con traje azul y grandes cascos, señalaban la ruta a seguir... y hombres y mujeres iban percibiendo cada vez más fuerte el alegre sonido de las músicas que ya surgían de los ventanales abiertos del zepelín.

Entraban en la colosal nave aérea como deslumbrados. La sorpresa y la emoción se reflejaban en sus ojos al ver aquella magnificencia, aquellas estancias amplias y suntuosas convertidas por un escenógrafo poeta en mágico palacio de hadas de Carnaval.

Jimmy Wade hacía los honores, saludaba sonriente a todos aquellos centenares de personas que invadían su zepelín.

El comandante, hombre rubio, de mirada dura, comentaba con unos oficiales el espectáculo de aquel Carnaval de Venecia en pleno aire.

—Es una vergüenza el transformar un navío aéreo en una sala de baile—murmuraba.

—Según y cómo. El baile es paz, vida, alegría. ¿No es preferible esto a que los dirigibles sirvan para lanzar la muerte sobre las ciudades y pueblos indefensos? —dijo un oficial joven.

—Pero el dirigible no es una cosa vulgar para ser convertido en una sala de casino... Su destino es viajar, navegar, no el de permanecer atado a la torre y como sintiéndose humillado por las máscaras.

Interrumpieron su charla para presenciar la llegada de una comarsa compuesta de numerosas mujeres, dando escolta de honor a la diosa de la electricidad, una criatura que echaba flechas de luz sentada en un trono de oro.

—¡He aquí el símbolo del genio moderno!—dijo un invitado.

Y todo el mundo admiró aquella maravilla, aquella combinación de potentes luces simbolizando la energía eléctrica.

Después de aquella presentación, una orquesta compuesta de veinte profesores, situada en uno de los grandes salones del zepelín, comenzó a tocar magníficas

piezas musicales, y las parejas se entregaron al baile con un frenesí ansioso y juvenil.

Otros invitados, en vez de bailar, desde los grandes miradores abiertos al infinito contemplaban la gran ciudad iluminada, el río como una cinta de plata, las estrellas innumerables, viejos soles de otros mundos y sistemas...

Seguían surgiendo nuevos invitados y Jimmy, apacible y suave, se desvelaba para atender a todos. Todo el mundo llevaba careta y era difícil reconocer a los invitados.

Vestida con un rico traje de grandes e imponentes plumas, como un caprichoso pavo real, llegó Trixie, cubierto el rostro con negro antifaz y en compañía de Bob Brooks que iba vestido de caballero veneciano, con larga melena y la afilada daga en el cinturón.

Jimmy reconoció a Bob y sospechó quién era la mascarita que le acompañaba.

La pareja avanzó por los salones, admirando el imponente lujo que reinaba en aquella nave metálica.

—Nadie podrá reconocerme—

dijo Trixie, sonriente—. Jimmy no ha sabido quién soy.

—Lo sospecha.

—Porque me ha visto contigo, y yo soy tu sombra. Pero nadie adivinará mi nombre.

Y sonrió contemplándose el vestido constituido por un faldellín abierto y cortísimo y un pequeño corpiño negro adornado por las grandes plumas.

Pasaron dos máscaras. Una de ellas, un hombre ya viejo, vestido de patricio romano, dijo:

—¡Hola, Trixie!

La bailarina le contempló sorprendida y Bob se echó a reír... ¡Pues no la conocían poco!

—¿Cómo me has conocido?—dijo ella, sonriente.

—Señas particulares: cicatriz de apendicitis—indicó señalándole el vientre semidesnudo en el que había una raya indicio de una operación.

Bob le miró airadamente. ¿Qué era aquella intimidación?

—¿De qué conoce usted a Trixie?—preguntó.

—Es que soy su médico—dijo, riendo.

—¡Ah, entonces!...

Bob se tranquilizó; aquello era un asunto profesional. Dió el brazo a Trixie que sonreía irónicamente bajo la careta y continuaron avanzando por el salón animado y luminoso.

El amigo que acompañaba a la máscara vestida de patricio, le preguntó:

—¿Pero de veras es usted doctor?

—¡No! Soy agente de cambio. Rieron los dos.

—¡Ah, pícaro! De modo que lo de la cicatriz...

—¡Suerte que tiene uno!...

Y le contó en voz baja una historia escabrosa de sus amores de otro tiempo con aquella Trixie agradable e ideal.

* * *

Se hallaba el baile en todo su apogeo cuando se dejó oír la voz potente de Jimmy Wade precedida de unos bocinazos imponiendo orden.

—¡Abajo la careta todo el mundo!—dijo.

Y en el acto cayeron los antifaces y se sucedieron las exclama-

ciones de sorpresa entre las máscaras, los gritos de alegría o de desencanto al reconocer a la pareja tapada que les había hecho sonar en algo maravilloso.

Bob, que iba del brazo de Trixie, bella como nunca y con aquella mirada brillante y perversa, se acercó a Jimmy que andaba ocu-

padísimo en la dirección de aquel baile multicolor.

—Oye, Jimmy... hace tiempo que no te veo... ¿Qué ha sido de tu misteriosa amiga?

—No lo sé.

—Quisiera conocerla. ¿Vendrá al baile?

—No.

—Lo siento.

—Bueno, no me entretengas, Bob... Voy a organizar la subasta para los pobres.

—¿Subasta? ¿De qué?

—Vais a pujar por las mujeres más hermosas del baile... Ya veréis... Será muy interesante.

—En todo eres gran señor.

De nuevo unos fuertes bocinazos exigieron silencio y aquella alegre concurrencia prestó atención a la nueva y exquisita novedad que iba a anunciarse.

—Vamos a organizar una subasta—dijo Jimmy—. Que se acercuen las seis mujeres más bellas.

En el acto todas, absolutamente todas las mujeres que estaban allí, se acercaron... Cada una pensaba ser la más hermosa, la que merecía todos los honores y premios.

Ante aquel conflicto, Jimmy vióse obligado a rogar a unos artistas que hiciesen desfilar a las invitadas y las fueran eliminando, hasta dejar las seis más exquisitas en que se unieran no solamente la belleza física y la arrogancia de su cuerpo, sino también el original disfraz, el capricho y el lujo de su indumentaria.

La tarea fué difícil y costosa, pero al fin, después de provocar numerosos disgustos, disimulados por una sonrisa que era una mueca de desdén, fueron elegidas las seis más bellas, de una relativa belleza, puesto que habían quedado fuera de concurso criaturas de una maravillosa hermosura.

Entre las elegidas figuraba Trixie, que no cabía de contento.

—¿Vas a pujar fuerte por mí, Bob?—le preguntó a su amigo.

—Quiero que te lleves el premio.

Jimmy subió a lo alto de una escalinata y sonriente, orgulloso de aquel festival, del que mañana se ocuparían extensamente los periódicos de la ciudad, empezó a decir:

—Han sido ya elegidas seis bellas mujeres. Ha sido preciso eliminar a las demás para no hacer interminable el concurso, pero eso no significa que las eliminadas no sean tan bonitas como las elegidas. Porque, amigos míos, tuve buen cuidado en una cosa: que en el zepelín sólo entraran mujeres guapas.

Se le interrumpió con una gran ovación, que prolongaron largamente algunas mujeres de fealdad reconocida en todas partes, menos allí, y que gracias al disfraz y a los afeites tenían la categoría de pasables.

Jimmy prosiguió:

—Vamos a subastar a las seis elegidas... La que obtenga la prima más alta será elegida reina de la Fiesta...

Nuevo murmullo de entusiasmo, apagado por un gesto suave de Jimmy.

—¡A la subasta, señores!... ¿Quién adquiere el derecho de ser la pareja de alguna de esas beldades y poder bailar con ella el vals del amor?

La orquesta atacó con toda so-

lemnidad los acordes de una marcha de triunfo y apareció la primera de las elegidas, preciosa criatura vestida con caprichoso traje de revista que dejaba ver a trechos el cuerpo grácil de un color de aurora matinal.

—Soy Eva inocente antes de salir del Paraíso—dijo la mujer.

Varios concurrentes ofrecieron por ella una buena cantidad. Pero uno de ellos superó las ofertas y le fué concedida la bella mascarita con la que podría bailar el vals del amor.

Llegó la segunda, criatura rubia y sensual, vestida con ceñido "maillot" y un enorme sombrero mejicano.

Llevaba una caña en la mano.

—Soy el pez que huye y nadie ha pescado aún—indicó riendo.

Se cruzaron fuertes sumas para hacerse con aquel pecesito de color, hasta que un vejete, vestido de turista inglés y que se empeñaba al parecer en pescar algo, fué el que pujó más, siéndole adjudicada aquella criatura de ojos apasionados que no parecía muy di-

vertida de haber gustado tanto a un anciano setentón.

Surgió otra a continuación, una criatura vestida con un traje de escamas de plata, maravillosamente dibujado por uno de los grandes modistos de Nueva York.

—Soy llamada la de las flores entre espinos...

Su éxito fué inmediato, consiguiéndose por ella hasta cerca del millar de dólares.

Elegida ya, surgieron luego otras dos muchachas, ambas vestidas con pomposos trajes en que el oro y las plumas formaban una armonía suave.

Uno de los invitados, hombre de peso, que necesitaba las cosas por partida doble, se quedó con las dos mujeres, dispuesto a bailar medio vals con cada una de ellas...

Luego entró Trixie en la escalinata de honor, Trixie, soberbia en su belleza morena, en su disfraz exótico, en el brillo de su mirada ardiente y prometedora de todas las emociones del amor.

—¿Qué prima dan por la bella Trixie?

—¡Quinientos dólares! —dijo Bob.

—¡Setecientos! —exclamó otro de los invitados.

—¡Novecientos dólares!

—¡Mil!

—¡Mil ciento por la bella entre las bellas!—gritó Bob con el entusiasmo y la emoción de la puja.

Pero en aquel instante apareció en la escalinata una bella e inesperada concursante, cuya aparición fué acompañada de un acorde triunfal de la orquesta.

Era una mujer alta, de cuerpo maravilloso, vestida de Satán, con combinación de traje negro, blanco y rojo a la vez, tapada la cara con un antifaz, cubierta la cabeza con un gorro del que surgían dos pequeños y afilados cuernos.

Tan arrogante, tan bella, tan fastuosa era aquella mujer que hubo como una oleada de emoción, conmoviéndose todos ante aquella entrada inesperada y excelsa.

La incógnita criatura, llegada hacía pocos momentos al zepelín, empezó a decir con la más dulce de las voces:

—Soy Madame Satán y pido un puesto en el concurso.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que se le conceda! ¡Que se le conceda!

—¡No, no! —dijeron algunas mujeres.

Pero el clamor afirmativo ahogó las cortas y tímidas explosiones de protesta, y Jimmy, sonriente, accedió a que aquella desconocida tomara parte en la subasta.

Trixie había quedado relegado a segundo lugar. Ya nadie se ocupaba de ella, pues la desconocida, la mascarita que se titulaba Madame Satán, estaba tan adorable, trascendía tal perfume verdaderamente diabólico de su persona, que los hombres se arremolinaban como locos a su alrededor, dispuestos a arruinarse para conseguir bailar con ella.

Madame Satán empezó a bailar, a trenzar su cuerpo soberano y voluptuoso, a girar con cierta delectación misteriosa, acercándose a las máscaras que estaban junto a ella, dando la impresión de que se desvanecía en sus brazos para erguirse repentinamente y repetir el juego un poquito más allá.

Por un momento tuvo Bob junto a él, electrizándole con el fuego poderoso de su cuerpo, aquella armoniosa criatura que le contemplaba a través del antifaz.

Bob, hombre de temperamento impresionable, se sintió inflamado de deseo.

—Bella—le dijo—. ¡Bienvenidas sean las llamas que nos traes de los infiernos!

—Allí irás a parar tú—dijo la diablesa, riendo.

—En tu compañía, donde fuese.

La máscara, separándose de él, empezó a decir palabras arrulladoras, amables, a los otros invitados... Y todo el mundo anduvo loco por aquella desconocida genial.

Trixie estaba disgustada viendo que Bob se ocupaba más de Madame Satán que de ella.

Repentinamente celosa, llamó a Jimmy y le preguntó por qué no continuaban la subasta.

—Ahora mismo, Trixie—le respondió.

Y levantando la voz:

—Señores —dijo—. ¡Vamos! ¡Hay que acabar la subasta!...

—¡Comencemos!

—¡Un pequeño concurso!—dijo Jimmy, sonriente—. Trixie y Madame Satán van a ser subastadas a la vez... ¿Lo aceptan?

—¡Sí... sí!...

—Pues empecemos.

—Por mí, por Madame Satán, ¿quién ofrece?—dijo la diabólica mascarita.

—Por mí, por todo lo que yo valgo, ¿quién da más?—gritó Trixie mostrando su cuerpo exquisito y bien formado.

—¡Mil quinientos dólares por Madame Satán!—dijo Bob con entusiasmo.

Sintió Trixie como una herida en el corazón... ¡Ah, el infame Bob! Veía otra mujer, y en el acto abandonaba a la que tanto le quería, a la que había sido su consuelo en las horas de melancolía conyugal.

Miró con profundo desprecio a Madame Satán y gritó:

—Esa máscara no puede entrar en el juego... Primero debe quitarse la careta... No hay que ocultar nada...

Hubo algunas opiniones favora-

bles... Jimmy sonrió como invitando a Madame Satán a acatar aquel deseo... Pero Madame Satán, que por un momento pareció desconcertada, se repuso rápidamente y dijo con el acento más tranquilo del mundo:

—Madame Satán se quitará la careta cuando todo el mundo se haya quitado la suya.

—¿Pues qué? ¿No nos hemos quitado ya todos el antifaz—dijo uno de los concurrentes—o es que no ve usted bien las cosas, diablesa?

—Las veo más que tú, hombre vulgar... ¡Tú... tú mismo llevas careta!

—¿Yo? ¿Cómo?

—¿Dónde está tu verdadera cara de hombre de negocios? ¿Dónde está la dureza habitual en ti? Hoy llevas la careta del disimulo, de la diversión, no me mientas...

Luego volvióse a una mujer que sonreía, extremadamente pintada, y a la que dijo:

—¿Es esa la cara que muestras a tu marido por la mañana? ¡No! ¿Y tú?...—y se dirigió hacia Bob y se le acercó mucho saturándole

de un olor tibio—. ¿Dónde está tu cara habitual de marido incomprendido?

—¿Me conoces?—preguntó Bob con sorpresa.

—¡Os conozco a todos... a todos!... Todos ocultáis algo, todos lleváis aquí una careta... la de la mentira... Tú, Trixie —dijo con remarcado desprecio—, tú no... tú no llevas careta... Naturalmente, ya no tienes nada que esconder... Pero la inmensa mayoría lleváis aún el antifaz... y mientras no os mostréis cómo sois en realidad, yo no me quitaré mi careta... No podéis engañar a Madame Satán. No podéis. Os conozco demasiado... Tengo larga experiencia del mundo...

Las palabras de la mascarita acallaron todas las protestas y se admitió que Madame Satán continuara con el antifaz puesto. Estaban seguros la mayoría de los hombres que la diablesa había de ser bonita; era imposible que aquel cuerpo maravilloso, que aquella gracia voluptuosa que esparcía todo su ser, tuviera por remate

una cabeza que no fuera de hermosura soberana.

Prosiguió la subasta, y Bob, enamorado de aquella desconocida que parecía dirigirle sus miradas a él en particular, pujó hasta cerca de tres mil dólares para tener el honor de bailar con ella, y como nadie superó dicha suma, le fué adjudicada Madame Satán.

Bailaría con ella, con la reina de la fiesta, puesto que era la que había conseguido una prima más alta en la subasta.

Resonaron grandes aplausos cuando Madame Satán dió el brazo a Bob Brooks, y los dos comenzaron a bailar mirándose lentamente, sintiendo la emoción de sus propias palabras, deseando Bob que ella se quitara la careta, adivinando una criatura divina en aquellas facciones que ahora se ocultaban bajo el fino terciopelo.

Trixie, enfurecida y humillada por la derrota, sintió ansias demoníacas en todo su ser, anhelos de rebelarse contra Madame Satán y arrojarla de nuevo a su mansión de infierno.

¡Antipática y odiosa mujer!

¿Por qué aquellas preferencias por Bob? ¡Ah! pero esto no estaba dispuesto a que continuase toda la

noche. No era Trixie mujer de las que se resignan... ni toleran la humillación.

* * *

Madame Satán y Bob Brooks bailaron el vals del amor, un vals lento, de hechura vienésa, un vals tentador, como si la música se hubiera convertido en besos y caricias...

—¡Eres divina y diabólica, todo a la vez!—le murmuró Bob al oído.

—¿De veras? ¿Cómo te gusto más?

—De las dos maneras...

—Trixie se va a enfadar...

—¿Qué me importa ella? Pero, ¿de qué la conoces?

—Sé que es tu amiga... muy guapa... más guapa que yo...

—¡Imposible! Adivino que eres la más hermosa de las mujeres.

—¡No! Tú prefieres a Trixie... Estoy segura.

—Trixie es vulgar, y tú parece traer alientos de una vida extraña y nueva.

—La vida del infierno.

—¡No! ¡No! Tienes un perfume enloquecedor. Estoy viendo que me encadenas para siempre.

—¿Y lo sentirás?

—Sentiría que no fuese para siempre.

Terminó el baile, y la pareja se dispuso a salir del salón para ir a pasear por los corredores del

zepelín desde donde se divisaba la inmensa ciudad tendida a sus pies y las grandes luces que palpitaban a lo largo como reguero de vida.

Ya no se veían estrellas en el cielo; nubes negras, sombrías, densas llenaban el espacio y envolvían todas las cosas en una cierta neblina melancólica.

Trixie, celosa hasta más no poder, no pudo aguantar ya más su indignación, el desprecio de Bob y avanzó hacia Madame Satán.

—¡Ese hombre me pertenece, Madame Satán!—le dijo.

Bob contempló colérico a Trixie.

—¿Cómo te atreves a hablar así?

—¡No se enfade!—dijo la diablesa con calma—. Oiga, Trixie, ¿está segura de que él reconocería un beso de usted?

—Aunque estuviera sordo y ciego lo reconocería... No hay mujer que sepa besar como yo.

—Pues vamos a hacer la prueba.

La proposición divirtió a Bob, quien se dejó vendar tranquilamente los ojos.

Tres máscaras besaron sucesiva-

mente a Bob, y éste indicó, convencido, que ninguna de ellas era Trixie. ¡Ah! ¿Cómo olvidar los besos de esa artista que eran cosquilleantes como el perfume de un vino embriagador?

Trixie fué a besarle a continuación, pero Madame Satán la apartó bruscamente de su lado... y besó a Bob con un beso largo, dominador, voluptuoso, de sabia y calculadora amante.

—¡Trixie!—suspiró Bob, recordando el beso de otras veces.

Y se quitó la venda. Madame Satán estaba ante él.

—No fué Trixie, sino yo—dijo ella, sonriente, y corroborando sus palabras todos los demás.

—¿Usted? ¡Es usted maravillosa!—dijo, emocionado.

Madame Satán se echó a reír.

—¿Quién de ustedes es el hombre más pervertido?... Me lo llevo conmigo al infierno...

Varios caballeros intentaron dar el brazo a la diablesa, pero Bob, más rápido que nadie, consiguió ser el elegido.

Y los dos se alejaron hacia otro corredor, provocando la envidia de

los hombres y la desesperación de Trixie que se daba cuenta de que había surgido una rival peligrosísima y temible, que besaba tan bien como ella y acaso de modo superior con el incentivo de las cosas nuevas.

—¡Qué mujer tan infame!—dijo a Jimmy—. Una de nosotras dos está de más aquí.

Jimmy sonrió y llamó a uno de los oficiales del zepelín.

—Traigan el abrigo y el paracaídas de Trixie.

—¿Cómo?—dijo Trixie, sorprendida—. ¿Serías capaz de echarme?

—Yo, no... Pero tú aseguras que quieres irte... La victoria es de Madame Satán esta vez... y por esto te decía...

—¿Quién es ella? ¿La conoces?

—¡No!

—Oblígala a quitarse la careta.

—No es posible.

—¡Ah, míralos!... Se encierran en aquel cuarto. ¡Es horrible!... ¡Qué nocecita estoy pasando!... ¡Qué indigna traición!

—¡Cálmate, Trixie!... Las cosas no tienen remedio... Mira, ve-te a bailar con aquel muchacho que apostó por ti y que te está contemplando embabiecado.

—¡No quiero! ¡No quiero!... ¡Ese Bob! ¡Me lo arrebatan! ¡Oh, esa maldita Satán, qué odiosa es!

Y su mano se tendió, hacia la dirección que ellos habían tomado, como un símbolo de cruel amenaza.

* * *

Las nubes eran más más bajas cada vez y el capitán de la nave contemplaba el cielo con inquie-

tud... Allá muy lejos se veía el reflejo de unas exhalaciones eléctricas.

—Hay tormenta por la parte Sur.

—¡Con tal de que no se acerque!—dijo un oficial.

—Presagio muy mal tiempo... ¿No oyes? Me temo que vaya a descargar una fuerte tempestad.

—Sería desagradable.

—Y peligroso.

Entretanto, la fiesta seguía en toda su animación. Habían entrado en el salón una docena de carritos en forma de pequeños dirigibles de metal que eran como restoranes ambulantes con lindas camareras que servían tisanas y refrescos en copas redondas de acero.

Madame Satán y Bob se habían alejado del bullicio penetrando en una pequeña habitación, a la sazón desierta.

La linda tapada se dejó caer en un diván y sonrió a Bob dejando ver el brillo transparente y magnífico de unos dientes de perlas.

Bob, electrizado, le dijo:

—Nunca he visto en ninguna parte una criatura tan interesante como usted.

Muy junto a él, llenándole de su olor, ella repuso:

—¿Nunca? ¿Y su esposa? ¿Y Trixie?

—¡Oh, no me hable de ellas, no quiero acordarme de mi vida anterior! Hoy es usted y nada más que usted lo que me interesa y enloquece.

Madame Satán suspiró...

—Estoy leyendo en el fondo de su alma que no es usted feliz—le dijo con rara entonación.

—Y lo ha adivinado.

—¿Por qué?

—Estoy buscando a una mujer a quien querer y no la encuentro.

—Tal vez la busque muy lejos.

—Creo que ya la he encontrado: usted...

Bob se sentía enloquecido por aquella mujer, fiebre de voluptuosidad, magnífica y tentadora.

—Yo no...—dijo Madame Satán bajando los ojos—. Dígame, ¿no es usted feliz con su esposa?

—¡La quiero en lo que vale!—contestó enigmáticamente.

—¡Pobre mujer! ¡Cómo habrá sufrido a su lado!

—No lo crea... Nos hemos se-

parado... Ni yo me acuerdo de ella ni ella de mí... Ya no vivo más que para usted, divina, diabólica... Pero, ¿quién es usted? ¿No va usted a abandonar el incógnito? ¿Cómo se llama?

—Se lo dije desde el primer momento... Madame Satán... Vengo del infierno.

—¡Qué gracia!

Entró un criado trayendo una gran fuente de ron en llamas.

—¡Una bebida infernal para la señora!

—¡Gracias, joven!

El sirviente desapareció y los dos jóvenes comenzaron a beber de aquel licor de fuego, que ella sorbía tranquilamente, mientras Bob lo tomaba a pequeños sorbos.

—Me gustaría ir al infierno con usted—dijo Bob, sonriente.

—Pues me parece que soporta mal el calor.

—Lo desafío todo. Lléveme consigo.

—¿Usted? ¿Un hombre casado?

—¿Qué importa eso?—dijo pretendiendo abrazarla, abrazo que ella rehusó con dulzura.

—¿No le importa? Entonces iremos donde están los esposos infieles—concedió, sonriente.

—Bien, pero lejos de las esposas demasiado severas como la mía.

—¡No hay ninguna esposa en el infierno!

—Por eso debe haber tantos maridos...

Sonrieron los dos.

—¡Su mujer debe ser terrible!—comentó la bella.

—No hablemos de ella. Me molesta recordar... Siempre he preferido vivir. Hablemos de nosotros mismos.

Se escuchó en aquel instante un fuerte trueno que pareció conmovir el espacio como si lo abriera.

—Tenemos tormenta.

—¡Me asusta más la de las almas!—dijo ella.

—Vamos, Madame Satán, el beso que me dió usted antes me ha hecho su esclavo para siempre. ¿No se compadecerá de mí, de mi amor?

—Un amor falso, un amor ligero como todo lo suyo...

—Usted me conoce, ¿verdad?

—Un poquito.

—Pero yo desde hoy seré otro hombre... Sólo viviré para usted.

—¿Me promete usted olvidarse por mí de todas las demás mujeres?

—Hágame usted olvidar a las otras con su amor.

—¡Difícil es!

—¡Quítese la careta!

Sus manos quisieron arrancársela, pero ella se separó con brusquedad.

—¡No... no! Quedaría usted defraudado. No soy un demonio verdadero.

—Es usted una mujer divina... y es mejor...

—No, sólo soy una pobre mujer enmascarada para guardar su reputación.

—¿Casada, entonces?

—¡Sí!

—¡Desgraciada como yo! ¿Por qué no unirnos? ¿Por qué no querernos?... Oiga, Madame Satán, a decir verdad este traje no es el más apropiado para usted... Sería usted más encantadora vestida de ángel.

—¿Sí?

—Entonces, subiríamos al cielo en lugar de bajar a los infiernos.

—¡Bonito viaje!

—Y el cielo... es el amor.

Mientras ellos platicaban con aquella dulce inquietud de dos seres que parecen sentirse mutuamente atraídos, Trixie, celosa, debiendo contener su ira cada vez más creciente, se encontraba en el corredor cerca de la puerta de la habitación donde ellos estaban.

Acertó a pasar Jimmy y ella le dijo, nerviosa:

—Están todavía ahí dentro.

—¿Quiénes?

—Madame Satán y Bob.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Es preciso que separes a Bob de esa mujer.

—Pero...

—Hazlo... Por favor... Te recompensaré...

—Bien... bien... pero... ¿comprendes? ¿Cómo voy a hacerlo?

—Cualquier cosa... Bastaría decirle por ejemplo a Bob que la mujer que está con él es la suya.

—¡Diablo! Pero, ¿sospechas acaso que Angela...?

—¡Oh, no! ¿Cómo Angela se iba a atrever a venir aquí? Ni pensarlo... Es una suposición... que podría servir para separarlos.

—Yo no puedo hacer eso.

—Lo quiero, Jimmy... Si no, la fiesta no terminará en paz... Te prometo que va a ocurrir algo muy serio, que yo voy a echar aba-

jo por una de las ventanas del zepelín a esa sinvergüenza de Satán...

Asustado, Jimmy, temiendo la venganza de Trixie, se dispuso a obedecerla y entró tímidamente en la estancia donde en aquel momento estaban unidos en largo beso los dos jóvenes.

* * *

Bob Brooks quedó profundamente sorprendido al ver entrar allí a Jimmy Wade. ¿Qué diablos tenía que hacer el dueño del zepelín en aquel cuarto?

Malhumorado, se levantó y dijo a Madame Satán:

—Perdóneme un momento para alejar a ese intruso.

Avanzó hacia Jimmy, que se daba cuenta del poco agrado con que era acogida su visita.

—No puede decirse que poseas el sentido de la oportunidad.

—¡Bien! No discutamos... Tú te has traído tu amiga al baile... Debes ir con ella y dejarme un rato a mi amiguita Madame Satán.

—¿Qué quieres decir? — murmuró extrañado, contemplando a la linda tapada—. ¿Es acaso esa mujer la que estaba en la habitación de Trixie?

—La misma. Y hay que respetar la propiedad privada.

—¿Qué pretendes?

—¿No me has oído? Te acabo de decir que vayas a reunirte con Trixie.

Bob estaba de espaldas a Madame Satán discutiendo violentamente con Jimmy.

La mascarita hizo varias señas a Jimmy para que se marchara, para que no les interrumpiera en su idilio, pero el millonario, sin comprender y pensando en las órdenes de Trixie, insistía en sus manifestaciones.

Madame Satán se quitó entonces un instante la careta y Jimmy dió un paso atrás, como impulsado por un resorte y dominado por la emoción más profunda.

Acababa de descubrir que la mascarita no era otra que Angela, la auténtica y rubia esposa de Bob. Es decir, que él, insistiendo en que aquella mujer era la del cuarto de Trixie, decía la más pura verdad sin saberlo.

Todo lo comprendió con meritoria claridad. Angela había adoptado aquel disfraz tentador de Madame Satán, había extremado sus coqueterías, sus insinuaciones, sus anhelos, para seducir a su esposo, para hacerle volver a sus brazos. ¡Buen trabajo! Y él, Jimmy, el estúpido, lo interrumpía, tal vez en el momento culminante.

No se dió cuenta Bob de la mutación experimentada por su amigo ni pudo sospechar que Madame Satán fuera su propia esposa.

—No insistas, porque no me marcharé—decidió Bob.

—No, si ya no insisto... He sido un estúpido... Lo reconozco... ¡Adiós! ¡Hasta la vista!... Olvida mis palabras... y si realmente la quieres...

—Oye, oye... No comprendo...

—Como eres mi amigo... y todo lo mío es también tuyo...

Y salió precipitadamente, lamentando su poco honrosa intervención en aquel asunto.

* * *

Andaba desorientado por los corredores. Acababa de ver a Trixie y le había comunicado quién era realmente Madame Satán... Trixie quedó estupefacta. Nunca hubiera podido creer cosa semejante... ¡Ah, bien había aprovechado Angela aquellas lecciones que le diera aquella famosa noche en que vivieron realmente un devill!... La esposa la vencía; con las armas que ella misma le había aconsejado la desplazaba del corazón de Bob.

¡Qué rabia tan grande! Pero se sentía sin fuerzas para reconquistar a su amante...

Jimmy se había asomado a uno de los miradores y contemplaba

como empezaba a descargar una violenta lluvia seguida de rayos y truenos.

Se le acercó el comandante con el gesto preocupado y nervioso.

—Hay que hacer evacuar el zepelín inmediatamente.

—¿Cómo?

—Está estallando una tormenta. Haga bajar a sus invitados en seguida.

—Pero ¿es que corremos peligro?

—¡Sí! El barómetro baja rápidamente... La noche se prepara mal.

—¡Sólo esto nos faltaba! ¡Interrumpir una fiesta así!

—¡Y es cosa urgente!

—Bien, bien... Pues que se suspenda el baile...

Los invitados, que seguían danzando y bebiendo, bien ajenos a lo que podía suceder, no se daban cuenta de la lluvia que caía ni de las exhalaciones eléctricas que rayaban la pizarra del cielo.

Entró un oficial y con la bocina anunció con voz potente:

—Señores: Hay que desalojar el zepelín... La fiesta ha terminado.

Se hizo un profundo silencio seguido de grandes protestas.

—El tiempo así lo exige... Hay que bajar inmediatamente...

Se produjo como un movimiento de asombro, de expectación y al propio tiempo de desencanto. ¡Tener que salir cuando se estaba tan bien allí, en aquella vorágine de placer que hablaba de todas las cosas bonitas!

Pero como la orden era terminante, fué preciso obedecer y comenzar a hacer los preparativos para descender a tierra.

Entretanto, allá en el cuarto continuaban hablando Madame Satán y Bob... Este, apenas hubo

desaparecido Jimmy, contempló con desdén a la mujer que seguía llevando puesto el antifaz.

Quedaron un momento en silencio, mirándose los dos, como interrogándose, hasta que se dejó oír la voz de Angela:

—Creo que ya es tiempo de terminar nuestra novela. Déjeme usted salir.

—¿Por qué no? Ya carece de interés para mí... ¡Una mujer que se esconde bajo un cubrecama!... ¡Bonita conducta! ¿A qué venía el hablarme de su reputación? ¿Y usted ha sido la que ha criticado a Trixie, la que ha pretendido verter ideas de moral?... Ella, Trixie, por lo menos, no pretende ser lo que no es... ¡Qué tontería he sido! ¡Cómo se ha burlado usted de mí! Pero, no, yo no quiero que se marche. No lo consiento... Ahora me toca a mí el reirme un poco...

—¡Quién sabe!

Y sonriente se quitó el antifaz dejando al descubierto su rostro gentil, fresco como la mañana.

Instintivamente Bob se pasó las manos por los ojos como temiendo

ser víctima de una visión, de una pesadilla... Pero, ¡no! ¡Ella estaba allí, su Angela, su esposa!... Ahora comprendía por qué aquella voz, ligeramente disfrazada, le había recordado siempre el eco de otra voz que no acertaba a definir...

—¡Tú! ¡Tú!—dijo con emoción.

—¡Ya ves!... ¡Yo misma!... No lo hubieras pensado nunca, ¿verdad? Todo lo hubieras sospechado menos que Madame Satán pudiera ser tu Angela. Pues así es, Bob... Los tiempos cambian. He querido ser lo que tú quisiste que fuera. Me reprochabas ser de hielo... y ahora llevo conmigo las llamas del infierno.

—¿Cómo puedo estimar yo ahora a una mujer que...?

—Perdón, no es tu estima lo que quiero, sino tu amor.

—¡Me has puesto en ridículo! ¿Qué hacías con Jimmy aquella noche en casa de Trixie?

Madame Satán miró irresistiblemente diabólica a su marido, y éste, sin saber a punto fijo si soñaba o era real lo que sucedía, lucha-

ba consigo mismo entre las más atroces dudas y las más dulces esperanzas. ¿Era posible que su mujer hubiese olvidado, en un momento de ofuscación, sus sagrados deberes de esposa? Claro que él no había sido, más de una y cien veces, fiel a los suyos... pero... pero él era un hombre y... y...

Bruscamente, como un conjuro infernal, oyóse un espeluznante estampido. Las misteriosas regiones etéreas se rasgaron luminosamente, en caprichoso zig-zag, y en el mismo instante todos los invitados que se hallaban en el zepelín fueron sacudidos con violento empuje, sembrando el pánico el inmediato conocimiento de que un rayo había caído sobre la torre de amarre, rompiendo el cable y destrozando la dirección, por lo que el zepelín estaba a merced de los desencadenados elementos.

Instintivamente, Madame Satán, en su delicioso papel de Angela, se aferró a su marido, y éste, no viendo en la diablesa, realmente enloquecedora, sino a su esposa, por la que tenía que velar por obligación y, además, porque aho-

ra menos que nunca la quería perder, a pesar de los recelos que no había podido aún desechar de su mente, se dispuso a procurar su salvación.

El pánico y la confusión en el interior del zepelín eran horribles. El instinto de conservación aniquilaba sentimientos de generosidad, no importándole a nadie sino su propia vida.

La oficialidad, serena, haciéndose cargo de los gravísimos momentos que estaban viviendo todos los que se hallaban en el zepelín sin rumbo, procuraba calmar a aquella legión de locos aterrados.

Diéronse las órdenes necesarias para que el salvamento de todos se llevase a cabo sin entorpecimiento ni peligro algunos, distribuyéndose paracaídas de precisión a cada invitado.

La oficialidad, extenuada, realizaba inauditos esfuerzos por contener la avalancha de desesperados que querían ser los primeros en salvarse, y era de ver cómo éstos, provistos del paracaídas, se lanzaban al vacío, afanosos de vida, sin pensar que, acaso, iban a

una muerte segura en su atolondramiento.

Bob proporcionó a Angela un paracaídas, para que, a su vez, ella se salvase, y he aquí que, cuando Angela, la esposa que lo había arriesgado todo por reconquistar a su marido, se oponía a lanzarse al espacio si no lo hacía él con ella, apareció Trixie, la amiguita que se toma y se deja, sin dejar huella alguna...

Bob, que había llevado a la fiesta a Trixie, y que era un caballero, se vió en la imperiosa necesidad de proporcionar a Trixie un paracaídas, y fué en busca del mismo, pues ella no había podido conseguirlo.

Las dos mujeres, la esposa y la amiga, quedaron a solas, y quedó bien definido el amor de una y otra por Bob.

—Buena discípula ha salido usted, señora...—comentó Trixie, desdeñosa, pero sin poder ocultar el terror a morir que la dominaba.

—Ya le dije a usted que sabría reconquistar a mi marido. Eso no cuesta mucho cuando se ama de

verdad, ¿no le parece? —repuso Angela, sonriente, feliz, tranquila en medio de la angustia de aquellos momentos.

—¡Déjese de historias! ¡Lo que yo quiero es un paracaídas!

—Vamos a ver qué prefiere usted: ¿mi paracaídas o a mi marido?

—¡El paracaídas!

—Pues suyo es... ¡y que no vuelva a saber de usted en mi vida!

La esposa, la buena compañera, se sacrificaba por separar a la amiga de su marido, renunciando a salvarse; pero, por fortuna, había en el zepelín paracaídas para todos, y nadie quedaba ya en él cuando un nuevo rayo lo hizo trizas.

* * *

Tras la tempestad, esto no es nuevo, viene la calma.

Los periódicos de la mañana se ocupaban de lo ocurrido la noche anterior en el zepelín de Jimmy, bromeando incluso, pues, afortunadamente, no había ningún herido de importancia.

El baile original sería recordado por todos los que asistieron al mismo con esa vanidad que sentimos cuando hemos salvado un peligro, destacándonos como héroes.

Bob y Angela se hallaban en su casa. Bob había estado pensando en la manera de plantear la cuestión que lo traía de cabeza. ¿Qué hacía su mujer con Jimmy en casa de Trixie? ¿Por qué Angela no le evitaba el tener que preguntárselo otra vez, ya que en el zepelín la respuesta quedó sin contestar? ¿Es que era culpable? ¡Imposible! Su tranquilidad y su sonrisa, adorable sonrisa, adorabilísima, como cuando era Madame Satán, eran

pruebas más que suficientes para desarmar al más receloso. Entonces... entonces ¿qué?

Decidióse al fin.

—Angela... Me parece que...

Pero, señores, Angela puso una carita tan angelical, que Bob se sintió desfallecer. ¡Qué fascinadora le resultaba ahora su cara mitad! Y no pudo más, porque él no era de hierro, y la abrazó con toda su sed de amor.

—¿Verdad que todo ha sido un ardid tuyo, diablesa mía?

Y ella, perdonando, olvidando, feliz al considerarse verdaderamente amada, y proponiéndose ser como Bob quería que fuese, más suya, más de él que de sus reuniones, fiestas y otras tonterías por el estilo, le contó la verdad, causando la hilaridad de ambos la escena de vodevil desarrollada en casa de Trixie aquella célebre noche,

La reconciliación era dulcísima, tan apetitosa, que la llegada de

Jimmy en aquellos mismísimos instantes fué acogida, como se supone, con marcado gesto hostil.

¿Y saben ustedes lo que quería

Jimmy, que se había contusionado en un brazo al tocar tierra con el paracaídas? Nada menos que proponer a Angela una reparación cascándose él, pues temía que Bob hubiese roto con ella al dar fe a la declaración que él le hizo en el zepelín de que Madame Satán, o sea, Angela, era la mujer que estaba con él en la cama de la habitación de Trixie.

¿Y saben ustedes lo que le contestó Bob? Pues que se fuera con su imbecilidad a otra parte.

Y, a solas de nuevo Angela y Bob, éste, más enamorado que nunca, reanudó la sesión de caricias, con gran complacencia por parte de ella.

Y se sabe que la sesión fué continua, con mucho fuego, cosa propia de Satán y su costilla.

FIN

COLECCION USTED

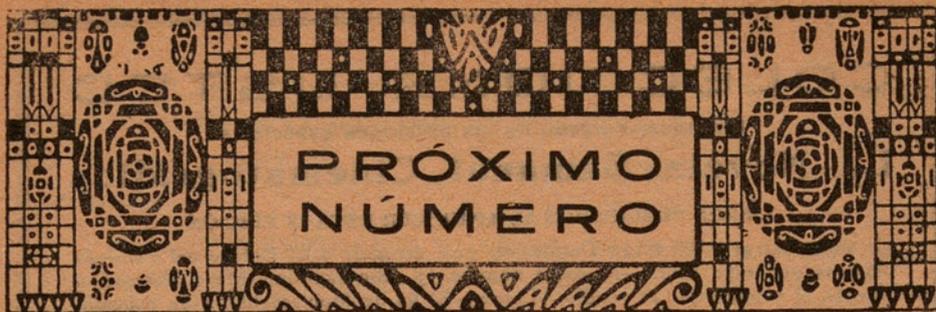
los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS AL APARECER ESTA IV EDICIÓN

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Meriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrelli.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—Nostalgia...—La ruta de Singapore.—¡La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería. Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor. Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn. Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez. Camarotes de lujo.—Los hijos de la calle.—La divorciada.

que han constituído otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La chispeante comedia de la PARAMOUNT

¿Cuándo te suicidas?

Por la gentil Imperio Argentina y Manuel Russell

EN PREPARACIÓN:

La emocionante producción, en español

El carnet amarillo

Por Elissa Landi, Lionel Barrymore, Walter Byron, etc.

Y lo mejor entre lo mejor

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

Pida los últimos catálogos de Ediciones Bistagne

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barabar, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

¡Últimos grandes éxitos!

- El precio de un beso, por José Mojica y Mona Maris. (6 ediciones)
Del mismo barro, por Mona Maris y Juan Torena. (6 ediciones)
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Maris. (4 ediciones)
El valiente, por Juan Torena. (2 ediciones)
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)
El gran charco, por Maurice Chevallier y Claudette Colbert. (2 ediciones)
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (3 ediciones)
Ben-Hur, por Ramón Novarro y May Mac Avoy. (Edición popular)
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angelita Benítez y José Crespo
Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torena (2 ediciones)
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée, (Edición popular)
La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)
Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc. (4 ediciones)
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.
Marruecos, por Marlene Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones)
¿Conoces a tu mujer?, por Carmen Larrabelli, Ana María Custodio, Rafael Rivelles, Miguel Ligeró, Manuel Arbó, etc.
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivelles (3 edic.)
Mar de fondo, por George O'Brien, Marion Lessing, Mona Maris, etc.
La llama sagrada, por Elvira Morla, Martín Garralaga, Luana Alcañiz, etc.
La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabelli, etc. (3 ediciones)
La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.
La fiera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.
Tabú, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.
El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc. (2 ediciones)
Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)
Trader Horn, por Harry Carey, Duncan Renaldo, Edwina Booth, etc. (2 ed.)
Un yanqui en la corte del rey Arturo, por Will Rogers, William Farnum, Maureen O'Sullivan, Frank Albertson, Myrna Loy, etc.
El Código penal, por María Alba, Barry Norton, etc. (2 ediciones)
La pura verdad, por Enriqueta Serrano, Manuel Russell, etc.
Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie) (2 ediciones)
Carbón - La tragedia de la mina, (creación de G. W. Pabst). (2 ediciones)
Estudiantina, por Ramón Novarro, Dorothy Jordan. (2 ediciones)
Las peripecias de Skippy, por Jackie Cooper, Robert Coogan, etc. (2 edic.)
¿Qué viudita!, por Gloria Swanson, Margaret Livingston, Owen Moore, etc.
El camino de la vida (primer film ruso hablado y cantado). (2 ediciones)
Noches de Viena, por Vivienne Segal, Alexander Gray, etc.
Mamá, por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, etc. (3 edic.)
Eran trece, por Manuel Arbó, Juan Torena, Ana María Custodio, etc.
Cheri-Bibi, por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara, etc. (2 ediciones)
Bésame otra vez, por Walter Pidgeon, Bernice Claire, etc.
Camarotes de lujo (Transatlantic), por Edmund Lowe, Lois Moran, etc.
Los hijos de la calle, por Gaby Morlay, Víctor Francen, Jacques Varennes, Tania Fedor, etc.
La divorciada, por Norma Shearer, Chester Morris, Conrad Nagel, etc.

Adquiera las interesantísimas **BIOGRAFÍAS**
de los famosos artistas:

**MAURICIO CHEVALIER,
JEANNETTE MAC DONALD,
GRETA GARBO,
RAMON NOVARRO,
CHARLOT,
JOSÉ MOJICA**

(10 ediciones)

Numerosas ilustraciones en el texto · Postal-regalo · Canciones.
Anécdotas · Sensacionales revelaciones.

Insuperable presentación.

Precio: 50 cts.

Pida siempre, la primerísima novela cinematográfica

La Novela Semanal Cinematográfica

Asuntos selectos · 32 páginas de buen texto.

Postal-regalo.

Precio: 25 cts.

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Éxito de la colección de asuntos rusos **EL FILM RUSO**

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante mendigo.

Precio: 50 cts.

E
B

Precio: Una peseta